



JUEGO TURBIO

Adam Surray



**ADAM
SURRAY**

**JUEGO
TURBIO**

Colección PUNTO ROJO n° 1018
Publicación Semanal

EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.583. —

Asesinos a
proa. En
Colección
SALVAJE
TEXAS:

878. — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

1.178.

— Rencor
salvaje. En
Colección
PUNTO
ROJO:

1.011. — Un trabajo
de aficionados. En
Colección COLORADO:

1.141. —

Escrito con
sangre. En

Colección

BUFALO SERIE

AZUL:

446. — Morir en Kansas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

552. — Pistolero con niño.

En Colección CALIFORNIA:

1.305. — Los violentos de Kelley Hill.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 27.343-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición; octubre, 1981

© Adam Surray – 1981 texto

© Martín – 1981 cubierta

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.

A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Gerry Bottoms alargó la mano derecha hacia el vaso de whisky.

Bebió un largo trago para seguidamente volver a teclear sobre la máquina de escribir.

Estaba terminando el folio. Y el trabajo. Mucho antes de lo proyectado.

Se reclinó en el respaldo del sillón.

Como si quisiera captar una panorámica de lo escrito hasta el momento. Y cuando se disponía de nuevo a pulsar la máquina, sonó el llamador de entrada al apartamento.

Gerry Bottoms arqueó las cejas.

Dirigió una mirada a su digital de pulsera.

Se incorporó con una sonrisa a flor de labios. Salió del despacho encaminándose al reducido living.

Franqueó la puerta de entrada al apartamento.

La sonrisa desapareció paulatinamente del rostro de Bottoms. Fue reemplazada por una mueca de estupor, a la vez que las facciones acusaban una tenue palidez.

No.

No era aquel el visitante que esperaba.

—Buenas tardes, Gerry.

Bottoms no respondió de momento.

Mantenía los ojos fijos en el individuo.

Poco había cambiado Donald Hawkins. Continuaba con su aspecto de enterrador. Con su clásica vestimenta, aunque discreta y elegante, marcadamente oscura. Fúnebre. Un individuo enjuto, insignificante, de piel blanquecina. Poco acostumbrado al sol. En su perfil aguileño destacaban unos ojos hundidos, semiocultos por espesas cejas. Sus labios de fino trazo sonreían hipócritamente.

—¿Qué quiere, Hawkins?

La seca voz de Bottoms no consiguió borrar la sonrisa del individuo. Incluso pareció incrementarla.

—¿No me invitas a pasar?

Gerry Bottoms dudó unos instantes.

Estuvo tentado de cerrar violentamente la puerta. Consciente de que aquello era lo más acertado. Lo más prudente.

Sin embargo, se hizo a un lado permitiendo el paso a Donald Hawkins.

—Gracias, muchacho... ¿No te alegras de verme? Yo he pensado mucho en ti, Gerry. Durante estos... ¿dos años?

—Sí, Hawkins. Dos años.

—¡Cómo pasa el tiempo!... Pues sí, Gerry. En muchas ocasiones te he echado de menos.

Donald Hawkins pasó ante la abierta puerta del despacho.

Dirigió una mirada por la estancia.

Un mueble biblioteca plagado de libros, televisor con equipo de video, mesa escritorio, sillones de piel y al fondo, junto al ventanal, una mesa móvil portadora de la máquina de escribir.

—¿Qué quiere, Hawkins? Tengo mucho trabajo.

—No necesitas ser tan brusco, muchacho. Estoy en Nueva York y decidí saludarte. Eso es todo. Me consta que tienes mucho trabajo. Sigo con atención todos tus escritos para la Waco Press. Eres un buen periodista, Gerry; aunque... un poco amargo. También soy lector de tus novelas. Estas aún más tristes y pesimistas. Incluso en tu colaboración como guionista con Ralph McClosey resultas fatalista.

Bottoms entornó los ojos.

En inquisitiva mirada a Hawkins.

Muy pocos sabían que bajo el seudónimo de Elli Jameson se ocultaba el periodista Gerry Bottoms; aunque era fácil de investigar y descubrir. Máxime en Donald Hawkins, pero lo de su colaboración con Ralph McClosey... Aquello era un secreto apenas compartido.

Hawkins sonrió.

Con suficiencia.

—¿Cómo se llama el cómic de tu amigo McClosey?... ¡Ah, sí!... «Juego Sucio». Un buen cómic de espías, Gerry. Un magnífico dibujo y un excelente guión. Claro que tú conoces bien el tema, ¿no es cierto? «Juego Sucio»... La CIA, la KGB, el Intelligence Service, el Deuxième Bureau... Reconozco que eres imparcial en tus guiones. Todas las organizaciones de inteligencia, absolutamente todas, son basura. Y eso creí que era privilegio de la CIA. Al menos así te despediste de nosotros. Lo recuerdo. Con un «adiós, basura».

—Sigo opinando igual.

—Ya no pertenezco a la Central Intelligence Agency, Gerry.

—¿De veras? Entonces, la CIA, aunque basura, ya lo es un poco menos.

Donald Hawkins se esforzó en mantener la sonrisa.

—Soy jefe del SEI. Servicio Especial Inteligencia. De seguro no has oído hablar de él. Es un organismo secreto de reciente creación.

Independiente de la CIA y sin estar sometido al control del National Security Council. Especializado en...

—No me interesa, Hawkins. No quiero conocer nada de su nauseabunda labor.

—Trabajaste para mí, muchacho. ¿Lo has olvidado?

Gerry Bottoms tomó la cajetilla de Dunhil depositada sobre la mesa escritorio. Encendió un cigarrillo. Entornó los ojos, aunque no molesto por la cortina de humo que semiocultó sus facciones.

—No..., no he olvidado.

—Fue una buena etapa, Gerry. Cierto que hubo de todo. Éxitos y fracasos; pero sigo considerándote como el mejor agente que pasó bajo mis órdenes. No he encontrado otro como tú para determinadas misiones. Frío, inteligente, calculador... hasta que surgió alguien más listo. Nadia Kazanquina. Fue duro, ¿eh, muchacho? Ser vencido por una mujer. Vencido y burlado por...

—Tiene tres minutos, Hawkins —interrumpió Bottoms, secamente—. Transcurrido ese tiempo se largará de mi apartamento o le echaré por la fuerza.

—Disculpa, Gerry, disculpa... Reconozco que no debí... ¿sigues enamorado de ella? ¿La sigues queriendo a pesar de todo?

Bottoms apretó con fuerza las mandíbulas.

También sus puños se cerraron.

Hasta hacer blanquear los nudillos.

Gerry Bottoms frisaba en los treinta años de edad.

Complexión atlética. Le resultaría muy fácil aplastar a Hawkins. Este pareció comprenderlo.

—Tengo edad para ser tu padre, Gerry...

—Ya sólo le quedan dos minutos.

—De acuerdo, muchacho —asintió Donald Hawkins—. Iré al grano. Esto no es una visita de cumplido. Por supuesto que ha sido un placer verte después de tanto tiempo y saber de...

—Lo dicho, Hawkins. ¡Al grano!

—Sí... Bien, Gerry. Quiero encomendarte una misión.

Bottoms quedó con la boca entreabierta.

Perplejo.

De nuevo en su rostro se reflejó el estupor.

—¿Una...?

—Sí, muchacho. Quiero que trabajes para...

La carcajada interrumpió a Donald Hawkins.

Una estridente y burlona carcajada.

Bruscamente cesó. Endureciendo las facciones. Posando en Hawkins una despectiva mirada. No carente de rencor.

—Voy a decirle algo, Hawkins. Ni aun muerto de hambre aceptaría trabajar bajo sus órdenes. Me repugna. ¡Usted, la CIA y ese nuevo Servicio Especial Inteligencia!

—Aún no has oído mi...

—¡Ni quiero! No me interesa.

—Sólo será un desplazamiento a Londres, Gerry. Coincidiendo con el Congreso Internacional de Desarme. Una misión que...

—Se le ha terminado el tiempo, Hawkins.

Bottoms avanzó.

Amenazador.

Donald Hawkins retrocedió a la vez que alzaba los brazos.

—De acuerdo, Gerry..., ya me voy. Creí que aceptarías de buen grado. No volverá a presentarte otra oportunidad de ver a Nadia Kazanquina.

Bottoms quedó inmóvil.

Su voz sonó temblorosa.

—¿Qué:., qué quiere decir?

—El profesor ruso Aleksei Shatalov es participante de honor en el Congreso Internacional de Desarme en Londres. Entre su séquito de escolta y colaboradores figurará Nadia Kazanquina.

Bottoms quedó inmóvil.

—¿Es cierto eso?

Hawkins asintió sonriente.

—Sabes que mi servicio de información es eficaz, muchacho. ¿Qué me dices ahora?

¿Quieres ir a Londres?

Gerry Bottoms no respondió.

Su mente estaba ocupada por una muchacha de cabellos formados por hilo de oro, con unos ojos azules y luminosos como destellos de sol sobre la superficie del mar, con un cuerpo de diosa pagana...

Nadia Kazanquina.

Nadia.

Nadia...

Sólo ella llenaba la mente de Bottoms. En tropel de recuerdos no olvidados. Días de amor, de sueños y promesas, de felicidad... El recuerdo de un amor que eclipsaba los días de traición, de burla y de engaño.

No.

Aquello no importaba a Gerry Bottoms.

Sólo Nadia.

La posibilidad de verla nuevamente. De acariciar aquellos

rubios cabellos, de reflejarse en los profundos ojos azules, de besarle hasta enloquecer...

—Espero una respuesta, Gerry.

Bottoms parpadeó.

Como si despertara de un sueño.

Volvió a la realidad.

—Acepto, Hawkins.

CAPITULO II

Ralph McClosey se sirvió un whisky.

Con el vaso en la mano derecha se dirigió a la máquina de escribir para leer el folio aún doblado en el carro. Chasqueó la lengua.

—¿Sabes una cosa, Gerry? Si yo fuera el editor te rechazaría el original. ¿Para cuándo un final feliz? La vida no es tan amarga como tú quieres representarla. Hay criaturas maravillosas. Stella Curtis una de ellas. ¿Te he hablado de ella? Ha sido la causante de mi retraso de hoy. Stella es... ¿Me escuchas, Gerry?

McClosey no recibió respuesta.

Depositó el vaso de whisky en el mueble-bar.

Abandonó el despacho dirigiendo los pasos hacia una abierta puerta del corredor. Uno de los dormitorios del apartamento.

Allí estaba Gerry Bottoms.

Manipulando en el cierre de un maletín.

—¿Qué infiernos haces, Gerry? Estoy en tu despacho hablando solo como un loco.

—Disculpa, Ralph... ¿Qué me decías?

McClosey sonrió.

—Te iba a hablar de Stella. Algo fuera de serie.

—Eso mismo dices de todas, Ralph.

—Stella es diferente. Dulce, cariñosa, comprensiva... y una apasionada fiera en el lecho. Un volcán, Gerry. La tomaré como modelo para nuestro próximo episodio de «Juego Sucio».

—Nada de eso. Sabes que detesto la pornografía.

McClosey rió ahora en alegre carcajada.

Sí.

Ralph McClosey era un individuo de fácil risa. De un sempiterno brillo burlón en la mirada. Con mechones de negro pelo cayendo sobre su frente. Correctas facciones. Varoniles. De intenso bronceado. Alta estatura, delgado y de gimnasta complexión.

Lo más destacado eran sus manos. Unas manos de largos y finos dedos. Unas manos de artista.

Ralph McClosey, a sus veintiocho años de edad, era ya un consagrado del cómic. «Shalaw», «La sombra de la ley», «El justiciero», «Jungla», «Juego Sucio»... Aventuras de ficción que eran distribuidas por la Waco Press a todos los principales periódicos de

EE.UU.

Los *comic-books* de McClosey alcanzaban tiradas fabulosas y múltiples reediciones. Su dibujo, ágil y vigoroso, abarcaba todos los géneros. Ciencia ficción, fantasía, aventuras, western, espionaje...

«Juego Sucio» era uno de sus más resonantes éxitos del momento. Sin un héroe o protagonista fijo. Aventuras independientes sin escenario determinado. Francia, Inglaterra, Alemania, EE.UU., la URSS... Sólo un denominador común. La frialdad y carencia de escrúpulos en el mundo del espionaje.

Y «Juego Sucio» era también el único cómic con guión no elaborado por el propio Ralph McClosey.

—¿Qué haces, Gerry?

Bottoms había sacado una pequeña maleta del armario.

—Me voy, Ralph. Salgo en un vuelo de madrugada con destino a Londres.

—¿Londres? ¿Te envía la Waco Press?

Gerry Bottoms empuñó los ojos.

Posando su mirada en McClosey.

Podía mentirle respondiendo afirmativamente o bien inventando cualquier otro motivo, pero no lo hizo. McClosey era su amigo, Su único amigo. Se conocían desde niños. Una amistad sincera. No quiso traicionarla con una mentira. Aun a riesgo de faltar a la primera norma de todo buen espía; pero en hombres como Ralph McClosey se podía confiar.

—Mc ha sido encomendada una misión, Ralph.

—¿Una misión? No comprendo...

—Donald Hawkins ha estado aquí. Casi te cruzas con él.

—¿Hawkins? ¿Te refieres a...?

—Sí, Ralph. Te he hablado mucho de él, ¿verdad? Ya no pertenece a la CIA, pero sigue vinculado a organismos secretos de espionaje e inteligencia.

—¡Maldita sea, Gerry! ¿Por qué has aceptado? ¡Juraste no volver a tener el menor trato con ellos! Me hablaste de un mundo cruel, falso, nauseabundo... Con tu ayuda lo he plasmado en Juego Sucio. Y me consta que no has exagerado en los guiones. ¿Cómo te han convencido, Gerry? ¿De qué forma te han presionado?

—Voy voluntariamente, Ralph. Quiero, ir.

—Pero... ¿por qué?

—Dudo que puedas comprenderlo.

—Haré un esfuerzo.

Gerry Bottoms dejó de rebuscar en el armario.

Enfrentando nuevamente su mirada a la de McClosey.

—Nadia.

—¿Nadia?

—Sí, Ralph. Ella está en Londres, Nadia es la explicación de todo.

McClosey parpadeó.

Repetidamente.

—¿Quieres decir...? ¿Has aceptado trabajar para Donald Hawkins sólo por ver nuevamente a Nadia?

—Eso es.

—¡Estás loco!

—Sabía que no lo comprenderías.

—¡Por todos los...! Entendería que trataras de vengarte de ella, Gerry. Justificaría tu deseo de ir a Londres para matarla.

Bottoms esbozó una amarga sonrisa.

—¿Matarla ..? ¿Matar a Nadia? ¿Cómo iba a matar a lo que más quiero?

—¡Oh, Gerry...! ¡Gerry! ¡Despierta ya de tu letargo! Nadia Kazanquina te engañó. ¡Te traicionó! Tú mismo me lo has contado en infinidad de ocasiones. Traicionó tu confianza y vuestro amor. Te robó unos planos secretos. Un dossier conocido bajo las siglas M.I.T84. Algo de vital importancia para EE.UU. Ella sabía, desde el primer momento, que tú eras un agente de la CIA. Te engatusó, Ralph. Esa es la palabra correcta. ¡Te engatusó para poder apoderarse de los planos! Nadia Kazanquina era una espía rusa. ¡Un agente del GRU soviético!

El rostro de Bottoms mantenía una extraña expresión.

Ausente.

No parecía haber escuchado una sola de las palabras de McClosey. Así lo acusó en su respuesta.

—La quiero, Ralph. No he dejado de quererla. Ni un día, ni un minuto, ni un solo instante he dejado de pensar en ella. Nadia lo era todo para mí. Lo sigue siendo. Poco me importa su traición, su burla... Voy a verla de nuevo.

—No seas iluso, ¿Crees que ella aceptará recibirte? Ya no le eres útil. Ya no puede sacarte información.

—También ella me ama, Ralph. Lo sé.

—¡Al diablo contigo!

Ralph McClosey abandonó furioso la habitación.

Irritado por la ceguera de su amigo.

Llegó al despacho para coger el vaso de whisky. Tras vaciarlo de un solo golpe acudió en busca de la botella.

Sonó la voz de Bottoms.

—Otro para mí, Ralph. Y no debes preocuparte. Estaré de regreso antes de una semana. A tiempo de prepararte un nuevo guión para...

—¡Me tiene sin cuidado el guión! —interrumpió McClosey—. ¿No lo comprendes, Gerry? Estoy preocupado por ti. Por tu decisión. Ahora eres tú el traidor. Estás traicionando todos tus principios. Según tú querías borrar de tu vida los tristes parajes vividos como agente de la CIA. Tu historial de espía. Horrorizado y asqueado de aquella etapa. ¡Y ahora vuelves a ella!

—Sólo debo entregar un maletín a un contacto de Londres. Esa será mi misión. Sin ninguna otra complicación. Ni tan siquiera conozco el contenido del maletín. Será algo sencillo.

—¿Por qué tú, Gerry? ¿Por qué la Central Intelligence Agency no ha acudido a cualquiera de sus hombres?

—Ya te he dicho que Donald Hawkins no trabaja ahora para la CIA. Y yo he sido seleccionado por mi actual alejamiento del mundo del espionaje. Ya no figuro en la plantilla de espías. Para muchos incluso he sido apartado de la Central Intelligence Agency con deshonor. Expulsado por mi fracaso con el dossier M.I.T- 84.

—¡Tú renunciaste a trabajar para la CIA!

—Correcto, Ralph, pero eso muy pocos lo saben. Mi presencia en Londres no despertará sospechas en los servicios de inteligencia extranjeros. Ya pertenezco al grupo de los caídos en desgracia.

McClosey movió la cabeza de un lado a otro.

Con energía.

—Sospecho algo más, Gerry. De seguro quieren involucrarte de nuevo en sus redes.

Puede incluso que lo de ahora, la entrega de ese maletín, sea algo superficial. Insignificante. Una entrega sin valor alguno. Sólo un anzuelo que tú has picado. Con el señuelo de Nadia Kazanquina. Donald Hawkins volverá a encomendarte otra misión, y otra... Te necesita, Gerry. Puede que esté preparando algo grande y quiera tenerte nuevamente bajo sus órdenes.

—Nadia está en Londres.

—Yo no conozco personalmente a Donald Hawkins. Sólo lo que tú me has contado de él, Gerry. Y según esa versión, es un individuo capaz de vender a su propia madre. Tal vez lo de Nadia sea falso.

Bottoms denegó con un movimiento de cabeza.

Lentamente.

De nuevo su rostro adquirió una ausente expresión.

—No lo es. Nadia ha salido de la URSS. Está en Londres, Ralph.

Y nada ni nadie me impedirá ir a su encuentro.

—Pero...

—No sigas, Ralph —cortó Bottoms, ahora con dura voz—. Eres mi amigo y quiero mantener esa amistad. Te comprendo. Tú no conoces el amor. Ignoras lo que significa querer a una mujer por encima de todo. Amarla hasta enloquecer. Sin importar nada más. Si algún día llegas a conocer el verdadero amor, también tú serás dominado.

Traición, burla, engaño... Eso nada significará.

Ralph McClosey respiró con fuerza.

—De acuerdo, Gerry. Tú decides. Y espero que no llegues a arrepentirte de lo que vas a hacer. Bottoms sonrió.

—¿Arrepentirme? ¿Arrepentirme de volver al encuentro de Nadia? Dos años soñando con ella, Ralph. Dos con esas maravillosas chicas fuera de serie... El acuerdo de Nadia era más que suficiente para mí.

McClosey hizo una mueca.

Significativa.

—Estás loco, Gerry.

El esbozo de una sonrisa retornó a los labios de Bottoms.

—Sí... Tal vez lo esté. Una locura maravillosa, Ralph. Voy a seguir preparando mi reducido equipaje.

—

Gerry...

—

¿Si?

La voz de Ralph McClosey sonó firme. Decidida.

—Voy a ir contigo a Londres.

CAPITULO III

Nueva York-Londres.

Seis horas y veinte minutos de vuelo.

El avión tomó tierra en el aeropuerto de Heathrow. Pese a la diferencia horaria, todavía con luz solar.

Los trámites aduaneros fueron lentos. Extremadamente minuciosos. Medidas de seguridad sin duda incrementadas por la celebración del Congreso Internacional de Desarme. Se temía la llegada y actuación de grupos terroristas en Inglaterra.

—Eh, Gerry... Parece que obligan a abrir todo el equipaje. ¿Qué ocurrirá con tu maletín supersecreto?

Bottoms sonrió.

—Celebro que hayas recuperado tu sentido del humor.

—No has respondido a mi pregunta.

—He examinado el contenido del maletín, Ralph. Nada anormal a simple vista. Una maquinilla de afeitar, un cepillo de dientes, una novela mía...

—¿Tuya?

—«Al final del día». Una de mis primeras obras, ¿recuerdas? Donald Hawkins ha tenido la gentileza de introducirla en el maletín haciendo bulto.

—Apostaría que no la ha leído.

—Seguro. Yo debo entregar al contacto el maletín y su contenido. Sin sacar nada. En la máquina de afeitar, en el cepillo de dientes... o incluso en la novela. Cualquier lugar es bueno para acoplar el mensaje. No me he molestado mucho en averiguarlo. No me interesa.

—Tu única atención se centra en Nadia Kazanquina.

—¿Ya empezamos? Acepté que me acompañaras con la condición de no..

—¡Un momento, Gerry! —interrumpió McClosey, sonriente—. Soy un ciudadano libre y con pasaporte en regla. No necesito tu autorización para viajar.

Terminaron los trámites aduaneros.

Sin problema alguno.

En el *rent-a-car* del aeropuerto adquirieron un Triumph TR7. Un deportivo coupé de dos puertas y dos plazas. El equipaje, limitado a dos valijas y dos portafolios, fue perfectamente acoplado.

—¿Quieres conducir tú, Ralph?

—¡Oh, no! Te cedo el privilegio. Mis conocimientos de Londres no son tan sólidos como los tuyos. No quiero tener problemas con los agentes de circulación.

Gerry Bottoms se hizo cargo del volante.

El Triumph inició la marcha abandonando uno de los estacionamientos del aeropuerto Heathrow.

—Creo recordar que tú pasaste una temporada aquí en Londres.

Ralph McClosey asintió a la vez que encendía un cigarrillo.

—Veinte días. Y con los gastos pagados. Invitado de honor de la Galería Internacional del Comic. Me concedieron el premio al mejor dibujante por mi trabajo en Jungla.

—En veinte días se puede llegar a conocer Londres. Al menos lo mejor de la ciudad. El Palacio de Buckingham, la Torre de Londres, la Abadía de Westminster, el Hyde Park...

McClosey rió en divertida carcajada.

—¿De qué me hablas? ¡Apenas salí del Soho! Tengo algunas direcciones y nombres. todavía grabados en la memoria. Hice buenas amistades. Judith Lancaster una de ellas. Una chica...

—Algo fuera de serie.

Los dos amigos rieron ahora al unísono.

Veintidós kilómetros separaban el aeropuerto Heathrow de la ciudad de Londres. Próximos a las vías de acceso a la zona metropolitana el tráfico se fue haciendo más intenso. Coincidiendo con el término de la jornada laboral en los establecimientos comerciales.

Gerry Bottoms sí conocía Londres como la palma de su mano.

Había permanecido cerca de un año en aquella ciudad. Como agente de la CIA. Fue en Londres donde conoció a Nadia Kazanquina.

El Triumph circulaba ya por el centro de la ciudad. Por las proximidades al Marylebone Road. Al sur del gigantesco Regents Park.

—¿Cuál es nuestro hotel, Gerry?

—En la zona de Mayfair. El Dickinson Hotel. Ya estamos llegando.

—¿Y el hotel de Nadia?

—También el Dickinson.

McClosey respingó.

Dirigió a su amigo una perpleja mirada.

—¿Qué clase de espía eres? ¡No puedes instalarte en el mismo

hotel que ella! Eso es ir pregonando...

—¿El qué? Tranquilo, Ralph. Donald Hawkins reservó plaza en el Dickinson Hotel. También a mí me sorprendió, pero no hice preguntas. Puede que sea para dar facilidades a mi contacto. Lo cierto es que también facilita mi encuentro con Nadia.

Ralph McClosey movió de un lado a otro la cabeza.

—Creí que el mundo del espionaje era más complicado. Más rebuscado. Al menos así lo dibujo en nuestro «Juego Sucio».

—Y lo es, muchacho; aunque no en todas las ocasiones. El actuar a cara descubierta, sin temor ni precauciones, es un buen método. La profesión que figura en mi pasaporte no es la de espía. Soy un ciudadano norteamericano que visita Londres en compañía de un buen amigo. La misión que me ha sido encomendada sólo es conocida por Hawkins y por el jefe del Servicio Especial Inteligencia emplazado en Inglaterra. Aunque no le formulé pregunta alguna, Donald Hawkins me dijo que se trataba de una relación de nombres de agentes en la URSS, Polonia y Checoslovaquia. Sin duda se trata de una red de espías para su reciente S.E.I. Yo sólo debo entregar el maletín.

—Un trabajo sencillo.

—Eso es, Ralph. Bien... Ahí tenemos el Dickinson Hotel.

Gerry Bottoms detuvo el auto en Holt Street. Frente a la amplia entrada del Dickinson Hotel. Dos empleados del establecimiento acudieron hacia el Triumph. Uno para abrir la portezuela mientras que el otro permanecía a poca distancia en espera de hacerse cargo del equipaje.

McClosey y Bottoms descendieron del vehículo.

Gerry Bottoms se inclinó para coger los dos maletines dejando las valijas a manos del empleado del hotel.

—Puede llevar el auto al parking —indicó Bottoms.

—Muy bien, señor.

Bottoms tendió uno de los portafolios a su amigo.

—Tu maletín, Ralph.

—Este no es mi...

McClosey se interrumpió.

Descubrieron en Gerry Bottoms una leve y significativa sonrisa.

Pasaron al espacioso hall de recepción. Un individuo de ceremoniosos ademanes les recibió tras el mostrador.

—Buenos días, caballeros.

—Soy Gerry Bottoms. Tengo habitación reservada.

—Un momento, por favor...

El recepcionista pasó al contiguo mostrador de conserjería

para consultar un voluminoso libro. Retornó con servil sonrisa.

—En efecto, señor Bottoms. Le ha sido destinada la habitación 512.

—A última hora decidí desplazarme acompañado de un amigo. ¿Tiene otra habitación para el señor McClosey?

El empleado del hotel reemplazó la sonrisa por una hipócrita mueca de contrariedad. —Lo lamento muy sinceramente, señor; pero el hotel está al completo. La habitación que le ha sido destinada es de dos plazas. Si no tiene inconveniente en compartirla con él...

—En absoluto.

—Perfecto, señor Bottoms. ¿Quieren firmar en el libro de registro, por favor?

McClosey y Bottoms rellenaron las correspondientes fichas.

Un empleado espera con las valijas junto a uno de los elevadores.

—¿Disponen de cajas de seguridad independientes?

—Por supuesto, señor Bottoms.

—Deseo guardar en una de ellas mi maletín.

—Muy bien, señor —el recepcionista pulsó el timbre de mesa—. Uno de los botones le acompañará hasta las cajas de seguridad.

—Puedes esperarme en la habitación, Ralph —sonrió Bottoms

—. Me reuniré contigo después de guardar el maletín.

McClosey asintió.

Sin pronunciar palabra.

Instintivamente su diestra aferró con fuerza el maletín. A la vez que contemplaba cómo Gerry Bottoms se alejaba con un maletín que contenía folios, plumas, rotuladores y demás objetos de dibujo pertenecientes a McClosey. Y éste quedó con el maletín que sería entregado al hombre de Hawkins destinado en Londres.

Ralph McClosey avanzó hacia el elevador.

La habitación 512, emplazada en la quinta planta del grandioso edificio del Dickinson Hotel, contaba con amplio ventanal enfocado a la Holt Street. Una pequeña antesala conducía al dormitorio con dos camas gemelas y espacioso cuarto de baño.

McClosey se quedó solo en la estancia.

Durante unos instantes permaneció inmóvil.

Sin saber qué hacer ni donde guardar el maletín. La llegada de Bottoms le hizo suspirar aliviado.

—¿Puedo hablar, Gerry? ¿Puedo hablar... sin riesgo?

Bottoms rió en sonora carcajada.

—Sospecho que estás demasiado influenciado por

«Juego Sucio», Ralph Aquí no hay *talking-bugs* (1). Y vuelvo a decirte que mi misión no es conocida. Yo no pertenezco a la Central Intelligence Agency ni a ningún otro organismo de espionaje. Lo de intercambiar nuestros maletines, guardando el tuyo en una caja de seguridad, es un simple truco. Una medida de precaución. Si ha habido infiltraciones y estoy bajo control, me han visto guardar un maletín en la caja de seguridad del hotel.

(1) «Chinches parlantes». Argot para definir a los micrófonos ocultos.

—Muy astuto, pero yo me he quedado sin utensilios de dibujo y sin mi cepillo de dientes.

Rieron a dúo.

—Voy a ducharme y cambiar de ropa.

—¿Qué plan tienes, Gerry?

Bottoms se detuvo a la puerta que conducía al contiguo cuarto de baño. Contempló sonriente a McClosey.

—¿No lo imaginas?

—¡Sí, maldita sea! ¡Pero no comprendo cómo vas a ponerte en contacto con Nadia ni entregar el maletín al hombre de Hawkins.

—Muy sencillo, Ralph. Será el contacto quien acuda a mí cuando lo considere oportuno. Yo no voy a permanecer aquí esperándole. Ya se presentará él. Debe entregarme una moneda de dólar con la efigie del presidente Dwight David Eisenhower. Yo le daré el maletín a cambio.

—¿Y en cuanto a Nadia? ¿También será tan sencillo?

—¿Por qué no? El profesor Aleksei Shalov y su séquito ocupan las habitaciones de la planta ocho. Es de suponer que los miembros de seguridad personal controlen los casos; pero yo no quiero ver ni importunar al profesor; sino a una de sus secretarias. El profesor Shatalov está ahora caminado del Corry House. Allí se celebrará una cena y posterior coloquio del Congreso Internacional de Desarme. Aleksei Shatalov es el orador de esta noche.

—También estará Nadia.

Bottoms sonrió.

—No, Ralph. Ya me he informado. Nadia está en su habitación. La 807.

McClosey hizo una mueca.

—Okay, Gerry. Procuraré divertirme por mi cuenta.

—Llama a una de esas amistades tuyas del Soho. Son algo fuera de serie, ¿no? Te deseo una feliz noche, Ralph. Para mí también lo será.

Sí.

Aquella noche quedaría marcada en la vida de Gerry Bottoms. Iba a ser su última noche.

CAPITULO IV

Gerry Bottoms se contempló en el longitudinal espejo del armario.

Ya estaba preparado para salir. Después de la ducha, afeitado y loción, seleccionó la ropa para aquella noche. Nada elegante ni incómodo smoking. Una vestimenta deportiva.

A Nadie le gustaba así.

Chaqueta de terciopelo color castaño bruñido, camisa polo y pantalón de lana almizclada, en verde y marrón.

Fue repartiendo por los bolsillos sus objetos personales. Billetera, encendedor, cajetilla de tabaco, las llaves del auto...

Bottoms quedó con la mirada fija en el Roller Pen dorado. Aquello era algo más que un vulgar rotulador. Tras su inofensiva apariencia se encerraba una siniestra arma para matar.

Gerry Bottoms dudó unos instantes, aunque terminó por introducir el Roller Pen en el bolsillo interior de la chaqueta.

Se aproximó a la puerta del cuarto de baño.

—¡Eh, Ralph...! ¡Hasta luego!

La voz de McClosey le respondió a través de la hoja de madera.

—¡Suerte, Gerry!

Bottoms sonrió.

Una amplia sonrisa de felicidad.

Abandonó la habitación avanzando por el largo corredor hasta el emplazamiento de los elevadores. Pulsó el botón de llamada.

Encendió un cigarrillo.

Estaba nervioso.

Como un colegial ante su primera cita de enamorado.

Se introdujo en la cabina accionando el mando correspondiente a la octava planta. El corazón le latía con más fuerza. Casi podía percibir aquel latir in crescendo.

Salió del ascensor.

Se sorprendió de no ver a nadie en el pasillo.

La embajada rusa había contratado toda la planta ocho para el profesor Aleksei Shatalov y sus acompañantes. El corredor tenía forma de «U». Del salón social de la octava planta sí se escuchaba música y voces.

Sin duda la ausencia del profesor Shatalov, junto con su escolta y colaboradores en la Corry House, había hecho descuidar la

vigilancia del piso.

Gerry Bottoms avanzó por el corredor hasta detenerse frente a la puerta señalizada con el número 807.

Golpeó la hoja con los nudillos. Sin evitar un leve temblor en su diestra. La sangre acudía con fuerza a sus sienes.

Dos años.

Dos largos e interminables años.

Se abrió la puerta.

Allí estaba.

Nadia.

Nadia Kazanquina. Sus rubios cabellos recogidos en gracioso peinado. Destacando el perfecto óvalo de su rostro. Los ojos azules y misteriosos como las profundidades del mar. El aletear de su respingona nariz. El tenue movimiento de sus gordezuelos labios en imperceptible balbucear.

—Hola, Nadia.

La muchacha retrocedió.

Pálida.

Como si hubiera recibido un impacto en el pecho.

Sus azules ojos adquirieron un súbito brillo. Acentuó el movimiento de sus carnosos labios. Trémulos al igual que su voz.

—Gerry...

—¿Puedo pasar?

Nadia asintió, instintivamente. Incapaz de articular palabra. Se hizo a un lado permitiendo el paso de Bottoms. Este cerró la puerta tras de sí.

Se miró en los azules ojos de Nadia.

Sumergiéndose en ellos.

En silencio.

Y ahora fue Nadia la que reaccionó quebrando aquel mutismo e inmovilidad de ambos. Fue Nadia la que en ahogado sollozo se precipitó en brazos de Bottoms.

Aferrándose a él.

—¡Gerry...! ¡Gerry, mi amor...!

Bottoms la abrazó con fuerza.

Besó los hilos de oro, la frente femenina, los párpados, las mejillas... Cubriendo de besos el rostro de Nadia hasta apoderarse de los trémulos labios de la joven.

—Nadia..., mí pequeña Nadia...

—Dios mío..., eres tú...

—Si, Nadia.

Volvieron a unir sus labios.

Largamente.

De nuevo Gerry Bottoms salpicó con sus besos el rostro femenino.

Y Nadia seguía abrazada a él con fuerza. Casi con desesperación. Como si temiera que de un momento a otro desapareciera de su lado.

—Gerry..., yo... todo este tiempo...

—Dos años Nadia. Dos eternos años.

—Debo explicarte, Gerry..., debes saber...

Bottoms selló los gordezuelos labios de la muchacha con un beso.

Volvieron a mirarse a los ojos.

—No quiero saber nada del pasado, Nadia. No quiero, ninguna explicación. Al menos ahora. Estamos juntos. Tú y yo. Como antes. Eso es lo único que importa en este momento. Mis sentimientos hacia ti no han cambiado, Nadia Ni tan siquiera después de... de lo ocurrido. Mi amor es demasiado fuerte para ser derribado. Nada tienes que explicarme. Sólo quiero oír de tus labios que sigues fiel a nuestro amor. Que tampoco tú me has olvidado.

—¿Olvidarte? ¡Oh, Dios...! —los azules ojos de Nadia se nublaron—. En la frialdad de Rusia, en los eternos inviernos de Moscú, día tras día, no he dejado de pensar en tí. Angustiada por haberte perdido. Desesperada por... ¡Oh, Gerry! Sé que te resultarán extrañas y sorprendentes mis palabras de lo ocurrido, pero puedo explicarte...

—No, Nadia. Ya te lo he dicho. Ahora, no. Este momento es nuestro. Sólo nuestro.

—Gerry...

De nuevo unieron sus labios.

Apasionadamente.

El cuerpo de la joven temblaba en los brazos de Bottoms. Este percibió en sus labios el sabor agridulce de las lágrimas femeninas.

—Mi amor..., mi amor...

—Salgamos de aquí, Gerry... No quiero que nadie interrumpa este momento...

¿Recuerdas nuestro refugio?

Bottoms asintió.

Sonriente.

Reflejado en los nublados ojos de Nadia.

—La cabaña del Willis Park...

—Vamos allí, Gerry... Ahora...

—¿Puedes?

—¿Poder? ¡Oh, Gerry...! ¡Tú estás aquí! ¡A mi lado...! ¡Qué importa todo lo demás! Nadia retrocedió.

Nerviosa.

Lucía una camisa realizada en *crépe georgette* «*tis-sé-teint*» con falda plisada en Kasha Marrón. Los senos femeninos, erectos y juveniles, se marcaban desafiantes bajo la tela. La muchacha atrapó una chaqueta en Kasha Pelouche negro y marrón a juego con la falda.

Se colgó del brazo derecho de Bottoms.

Sonriendo feliz.

Minutos más tarde abandonaban el Dickinson Hotel.

Una noche de amor esperaba a Gerry Bottoms.

Una noche de amor, violencia... y muerte.

CAPITULO V

Ralph McClosey sintió el cosquilleo en la oreja izquierda.

Y de inmediato la voz.

Una voz femenina, sensual, acariciadora...

—Ralph...

McClosey giró en el lecho. Apenas abrir los ojos percibió la sombra que se inclinaba sobre él. Y luego los labios. Unos labios que se posaron lascivamente sobre su boca.

También percibió el cuerpo femenino que se volcaba sobre él.

Y la luz.

La luminosidad del día que inundaba la estancia.

—¡Por todos los...! ¿Qué hora es?

—¿Qué importa eso, Ralph?

McClosey se separó de la muchacha para alargar su diestra hacia la mesa de noche. Tanteó en busca de su reloj de pulsera.

—¡Oh, no...!

—Ralph... ¡Ralph!

McClosey había saltado precipitadamente del Techo.

Por el suelo, sobre la alfombra, estaba su ropa. Entremezclada desordenadamente con la de Janis.

—Debo irme Nena, Ya tenía que estar lejos de aquí. Llegaré tarde a una cita muy importante.

Janis se había sentado en la mesa. Reclinada en el cabecero del lecho. Sin molestarse en ocultar sus desnudos senos, ¿Por qué iba a hacerlo si estaba orgullosa de, ellos? Unos pechos exuberantes y erguidos. De marcados y oscuros pezones erectos.

—¿Por qué no llamas y te disculpas? Deja para otra ocasión esa cita. Así podríamos...

—No, Janis. Debo irme.

—¿Almorzaremos juntos?

Ralph McClosey, a medio vestir, se había introducido en el cuarto de baño. Retornó a los pocos minutos. Abotonándose la camisa. Tomó la chaqueta depositada sobre una silla. —Te llamaré, Janis.

—Pero...

—¡Hasta pronto, nena!

McClosey abandonó el apartamento.

Su salida del edificio coincidió con las diez a.m. Se encontraba

en Carnaby Street.

Próximo a Piccadilly Circus. En la zona del Soho londinense.

Detuvo a un taxi.

—Al Dickinson Hotel.

Ralph McClosey respiró con fuerza al reclinarsse en el asiento trasero del vehículo.

Encendió un cigarrillo.

No había sido su intención pernoctar fuera del hotel, pero encontró a Janis. Una muchacha con mucho *sex-appeal* y dispuesta a compartirlo. Recorrieron juntos varias discotecas y clubs del Soho y decidieron terminar la velada tomando unas copas. En el apartamento de Janis. Ya casi de madrugada.

De ahí que Ralph McClosey despertara ya con la luz del sol.

No tenía ninguna cita importante, pero tampoco era su intención presentarse demasiado tarde en el Dickinson Hotel, Puede que Bottoms hubiera establecido ya contacto con el hombre de Donald Hawkins y concluido su misión en Londres.

El taxi circulaba ya por Mayfair:

Poco más tarde se detenía frente a la entrada principal del Dickinson Hotel.

Ralph McClosey, tras abonar la carrera, penetró en el edificio. Antes de llegar al mostrador de recepción reparó en el puesto de prensa. Daily Mirror, Daily Express, Morning Pots, The Guardian, The Sun...

Todos los periódicos matutinos se hacían eco de la primera reunión del Congreso Internacional de Desarme. En grandes titulares a primera plana. Más o menos similares. «Fracaso del Congreso Internacional de Desarme», «Los participantes de la URSS se retiran del Congreso»...

Ralph McClosey siguió en dirección al emplazamiento de los elevadores.

—¡Señor McClosey...!

Ralph McClosey acudió hacia el mostrador de conserjería.

El recepcionista le sonreía tendiéndole la llave con la placa 512.

—Olvidaba la llave, señor.

—Creí... creí que mi compañero estaría en la habitación.

—El señor Bottoms tampoco ha pasado la noche en el hotel —sonrió el conserje—. Ayer salió muy bien acompañado.

McClosey fijó la mirada en el casillero.

No estaba la llave de la habitación 807.

—¿Muy bien acompañado? ¿Se refiere a la señorita

Kazanquina?

—Correcto, señor.

—Ella sí ha regresado al hotel, ¿no es cierto?

—En efecto, señor. Mi turno ha comenzado a las ocho. Y la señorita Nadia Kazanquina ya estaba en su habitación. Yo mismo hablé telefónicamente con ella para facilitarle una información que solicitaba.

—¿No tengo yo ningún aviso o llamada?

El recepcionista desvió instintivamente la mirada hacia el casillero 512.

—No, señor. Nada.

—Gracias.

Ralph McClosey subió a su habitación.

Algo preocupado.

De estar ausente también Nadia Kazanquina no se mostraría intranquilo. Hubiera sido lógico que estaría con ella, pero Nadia estaba ya en el hotel. ¿Y Bottoms? ¿Tal vez ya con el contacto de Hawkins?

McClosey cruzó la pequeña antesala. Y al abrir la puerta que comunicaba con el dormitorio quedó inmóvil bajo el umbral.

La habitación estaba en total desorden.

Las dos valijas habían sido volcadas sobre la cama y desgarrada la tela protectora en busca de algún camuflado doble fondo. También la ropa con los forros desgarrados.

Incluso el tubo de pasta de dientes había sido destripado. Todo registrado a conciencia. Incluso el maletín de Gerry Bottoms. Hasta había sido desmontado el cierre.

McClosey avanzó.

Lentamente.

Aturdido por aquel caos.

Sólo centró su mirada en el maletín. La máquina de afeitar había sido desmenuzada. Todo examinado minuciosamente.

El libro...

La novela de Gerry Bottoms.

«Al final del día» no estaba en el maletín.

Ralph McClosey comenzó a buscar por aquel maremagnum. Ni rastro del libro. Se lo habían llevado. Sin duda en la novela de Bottoms había sido camuflado el mensaje para...

El timbre del teléfono hizo respingar a McClosey.

Acudió hacia la mesa de noche atrapando el auricular.

—¿Sí?

La voz no llegó de inmediato.

Y sonó lejana, muy débil, susurrante, como si temiera hablar o ser oído.

—¿Señor McClosey?

—Sí, yo soy.

La voz se hizo un poco más audible.

—Soy el encargado de las cabañas de Willis Park. En una de ellas, la número catorce, se encuentra un tal Gerry Bottoms. Me ha...

—¡Páseme comunicación con él! —interrumpió McClosey—. Necesito hablarle.

A través del micro llegó un leve carraspear.

—Eso es imposible, señor McClosey. Precisamente le llamo dado que Gerry Bottoms es incapaz de hacerlo personalmente. Ha sufrido un accidente. Me encomendó que comunicara con usted en el Dickinson Hotel. —¿Un accidente? ¿Qué clase de accidente?

—No lo sé, señor McClosey. Gerry Bottoms me ha pagado generosamente para que me mostrase discreto. Quiere que usted acuda aquí. Las cabañas de Willis Park. A pocas millas de Londres. Una comarcal de la autopista de Schellsville. El señor Bottoms sugiere que tome el Triumph. Lo encontrará en el parking del Dickinson Hotel. No se demore, señor McClosey. No quiero comprometerme por mucho tiempo. Acuda lo antes posible.

—Pero...

La conversación fue interrumpida.

Ralph McClosey colgó lentamente el micro.

Trazó una semicircular mirada por la estancia. Contemplando nuevamente todo aquel desorden. Aún se decidió por realizar otro rápido registro en busca del libro, pero sin resultado alguno.

No quiso perder más tiempo y abandonó la habitación.

Nervioso.

Ignoraba qué tipo de accidente había sufrido Gerry Bottoms, pero el conocer que

habían robado lo que debía entregar al hombre de Hawkins, no le haría mejorar. Era fácil deducir, ante la desaparición del libro, que el mensaje había sido camuflado entre las hojas de «Al final del día».

McClosey tomó uno de los elevadores.

Comunicó al ascensorista se deseo de acudir al parking subterráneo del Dickinson Hotel.

Abandonó la cabina encaminando sus pasos hacia el mostrador de control de vehículos.

—Soy Ralph McClosey. Comparto la habitación 512 con el señor Bottoms. Vengo en busca de nuestro auto. Un Triumph.

—¿No tiene el ticket de entrada en el parking? —inquirió el individuo de la taquilla.

—Lo lamento. De seguro fue entregado ayer a mi compañero. El hombre del parking estaba consultando un libro.

—¿Ayer...? Ayer fue retirado, pero esta mañana lo estacionaron nuevamente en el parking.

McClosey parpadeó.

Perplejo.

—Creí que el auto no había salido de aquí en toda la noche.

—Ayer lo retiró el señor Bottoms. Tengo aquí la ficha de retirada y la correspondiente firma.

—¿Quién lo dejó aquí esta mañana?

—Lo ignoro, señor McClosey. Lógicamente el control es más severo a la retirada del vehículo y no cuando lo estacionan. La mayoría de las ocasiones es conducido por empleados del hotel siguiendo instrucciones del cliente. Puede indagar en la plataforma «C». Es allí donde está su Triumph.

—Gracias.

—¿Piensa retirarlo?

—En efecto.

—Entonces le ruego tenga la amabilidad de firmar aquí.

Ralph McClosey firmó en la cartulina donde figuraba fecha y hora de retirada del vehículo. Luego, por los pasillos de peatones, acudió a la plataforma señalizada con la letra «C». Una rampa cercana a la salida.

Uno de los empleados del parking se hizo cargo de la cartulina.

El individuo, casi un muchacho, consultó rutinariamente la ficha; sin embargo, hizo un brusco movimiento de cabeza posando una perpleja mirada en McClosey. Para éste no pasó desapercibida.

—¿Ocurre algo?

—No..., no, señor.

Ralph McClosey sonrió.

—¿Cuál es tu nombre?

—Elvis Stewart, señor.

McClosey llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta para extraer un fajo de billetes.

Dólares y libras entremezclados. Apartó unos billetes que dobló significativamente.

—Sospecho que esperabas a otra persona, ¿verdad, Elvis?

—Cierto, señor.

—¿A qué hora entró el Triumph aquí?

—Alrededor de las siete de la mañana.

—No iba conducido por mi compañero el señor Bottoms, sino por una mujer. ¿Me equivoco?

El muchacho ya tenía los billetes en su poder.

Los guardó con rapidez.

—Correcto, señor.

—¿Quién era ella?

—Lo ignoro, señor, pero sé que pertenece al grupo de los rusos. Bueno..., quiero decir que la he visto en compañía del profesor Shatalov y los demás.

—Una muchacha rubia, de ojos azules...

El llamado Elvis Stewart asintió.

Con un brillo especial en la mirada.

—En efecto, señor. Una joven muy atractiva. Cuando estacionó el Triumph sugerí que lo llevara a las plataformas «A» o «B», pero no respondió que iba a salir nuevamente antes de una hora. De ahí mi sorpresa al verle a usted. Aunque ya han transcurrido más de tres horas, esperaba ver a la muchacha rusa.

—Comprendo. ¿Está la llave en el auto?

—Sí, señor.

—Hasta luego, Elvis. Ah... me olvidaba. ¿Puedes proporcionarme un pequeño mapa de Londres y sus alrededores?

—En seguida se lo llevo al auto.

—Gracias.

Ralph McClosey se encaminó hasta el estacionado Triumph.

Ya acomodado frente al volante llegó el empleado con el mapa solicitado. McClosey lo consultó muy superficialmente. Sólo para hacerse una idea de la dirección a tomar para salir de Londres.

Hacia el norte. Más allá de Regents Parl volvería a consultarlo para enfilar correctamente la pista de Schellsville.

Estaba deseando llegar cuanto antes a las cabañas de Willis Park.

Ralph McClosey ignoraba que toda prisa era ya superflua.

Los muertos no necesitan ayuda.

CAPITULO VI

Una desviación de la autopista de Schellsville conducía a Willis Park, Un serpenteante sendero donde apenas era alcanzado por los rayos del sol. Los frondosos árboles proyectaban sempiterna sombra sobre el asfalto. Grandes árboles que extendían majestuosamente sus ramas. Un selvático bosque pródigo en vegetación.

El auto conducido por Ralph McClosey ya estaba en lo alto de aquella agreste montaña. Por primera vez los árboles dejaban de proteger con sus ramas. Ahora, sobre la planicie, caían implacables los rayos de sol.

McClosey entornó los ojos.

Deslumbrado por aquella luminosidad.

Divisó la cabaña de recepción. Al comienzo de la planicie. Junto a un parking descubierto.

Un estacionamiento donde no había un solo vehículo.

Ralph McClosey hizo sonar el claxon.

De la cabaña de recepción salió un individuo. Un hombre de unos cuarenta años de edad. De rostro anguloso. Vestía un traje gris. Ciertamente no parecía el encargado de un motel.

—Buenos días —saludó McClosey—. ¿La cabaña catorce?

—¿Ralph McClosey?

—Sí. ¿Fue usted quién me telefoneó?

El hombre extendió el brazo derecho. Señalando hacia uno de los caminos que partían de la explanada.

—Por aquel recodo. La primera cabaña que encuentre es la número catorce.

El individuo giró sobre sus talones.

Antes de que Ralph McClosey pudiera formularle alguna otra pregunta.

Aquella actitud sorprendió a McClosey, no obstante decidió por seguir la dirección indicada. Reanudó la marcha del Triumph. De la circular planicie nacían cuatro senderos que se perdían entre la frondosa arboleda.

El auto enfiló hacia el camino señalado por el individuo.

Descubrió casi de inmediato la cabaña.. Amplia. Con pequeño porche y emplazamiento para estacionar uno o dos vehículos. Ralph McClosey descendió del Triumph.

Avanzó hacia la choza. Construida rústicamente. Como la cabaña de un leñador de las montañas. Muy romántica.

Hizo girar el pomo de entrada.

La hoja de madera cedió al empuje.

El interior distaba mucho de ser la cabaña de un leñador. Un salón acogedor con sofá rinconera, lámpara de pie, mesa circular, mueble-bar con televisor... No todo estaba al descubierto. Algunos de los muebles protegidos con lonas guardapolvos.

Todo aquello pasó desapercibido para Ralph McClosey.

Toda su atención se centró en los dos individuos. Uno de ellos sentado en el sofá. Juguetear con una Super Star con tubo silenciador enroscado al cañón. El otro individuo permanecía próximo a la puerta. Un hombre de baja estatura y cabeza redonda. Ojos saltones y nariz achatada. Hubiera resultado cómico de no ser por la Germán Luger que empuñaba en su diestra.

Ralph McClosey parpadeó.

—¿Qué significa...?

No pudo terminar la frase.

El individuo de la Luger hizo un movimiento rápido. Su mano armada trazó un semicírculo. Terminando en el estómago de McClosey. Golpeándole brutalmente con el cañón de la automática.

Ralph McClosey se dobló como una bisagra.

Pálido.

Boqueante.

—Qué bruto eres, Phil —sonrió el individuo del sofá—. ¿Esa es tu forma de dar los buenos días?

El llamado Phil también sonrió.

Cuando se disponía a golpear nuevamente a McClosey, se abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio.

Apareció un individuo de elegante vestimenta. El clásico gentleman inglés; aunque sin monóculo. Un hombre joven. De unos treinta y cinco años de edad. Su rostro adornado con un caído y espeso bigote a lo Brassens.

Sus grises ojos tenían un extraño brillo metálico.

Un destello cruel que producía escalofríos.

—Bien... Aquí tenemos a Ralph McClosey. Ya le has dado la bienvenida, ¿verdad, Phil? El individuo asintió sonriente.

—Sólo un saludo.

El hombre elegante avanzó unos pasos hacia McClosey. Este ya había dejado de boquear y paulatinamente se recuperaba. Enfrentó su mirada a la del individuo.

—Disculpa a mis muchachos, McClosey. No tienen modales. Yo soy Ernest Levinson, uno de los delegados de «Cóndor» en Inglaterra. A mi derecha Graham Cleese, y éste es el bruto de Phil Swenson. No le guardes rencor. Es como un niño.

—¿Dónde... dónde está Bottoms?

Ernest Levinson se alisó el bigote. En sus grises ojos pareció incrementarse el siniestro brillo.

—¿Bottoms? Ya hablaremos de él más tarde. También yo quiero hacerte una pregunta, McClosey. Y te aconsejo respuestas de inmediato. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

¿Dónde está el microfilm?

Ralph McClosey tragó saliva.

Por un instante pensó que todo era un episodio de un cómic «Juego Sucio». De que aquello no era real. —¿El... el microfilm?

—Correcto, McClosey. Estamos al corriente de todo. Ese microfilmado es muy importante para «Cóndor» y lo queremos conseguir.

—Un momento..., yo... yo no soy un espía...

Levinson rió en estridente carcajada.

Coreada por sus dos compañeros.

—¿Un espía...? ¡Por favor, McClosey! Esa es una palabra muy fea. Entre nosotros no se utiliza. Todos somos trabajadores a sueldo. Tenemos que ganarnos los garbanzos de alguna forma. Tú y Gerry Bottoms sois lacayos del tío Sam.

—Yo no...

Ahora fue Ernest Levinson quien soltó el trallazo.

Proyectando su puño derecho al estómago de McClosey.

Un golpe mucho menos violento que el anterior. El puño de Levinson no era el cañón de una Luger.

De ahí que Ralph McClosey reaccionara.

También él descargó su puño derecho.

Sobre el rostro de Ernest Levinson.

Aplastándole la nariz y labios.

El impacto proyectó a Ernest Levinson contra la pared, aunque no llegó a caer. Sacudió la cabeza aturdido. Su poblado bigote comenzó a teñirse de rojo ante la abundante sangre que manaba de su nariz y boca.

Ralph McClosey intentó huir.

Y al asomarse a la puerta descubrió a los dos individuos en el interior del Triumph. Uno de ellos era el que salió de la cabaña de recepción.

La leve indecisión de McClosey fue suficiente para Graham

Cleese y Phil Swenson se le echaran encima.

—¡Maldito sea! —vociferó Levinson, escupiendo sangre—. ¡Le voy a hacer vomitar las tripas...! ¡Sujetadle!

No.

Ernest Levinson ya no parecía un gentleman inglés.

Maldiciendo como un poseso comenzó a proyectar sus puños sobre el inmovilizado McClosey. En el rostro y en el estómago.

Una y otra vez.

Levinson se tomó un respiro.

Antes de que Ralph McClosey llegara a perder el conocimiento.

Retrocedió hacia el mueble-bar para coger una botella de whisky. Aplicó el gollete a los ensangrentados labios de McClosey.

—Bueno, McClosey... Ya estamos ahora más tranquilos, ¿no es cierto? Ahora podemos seguir platicando. Voy a repetir la pregunta. Por segunda y última vez. ¿Dónde está el microfilm?

—Lo... lo tiene Bottoms...

Levinson chasqueó la lengua.

—No, hermano. Gerry Bottoms no lo tiene. Ya lo hemos preguntado. Tampoco está en la habitación 512 del Dickinson Hotel. Mis hombres lo han registrado todo. También están ahora examinando el Triumph, aunque dudo que esté allí. ¿Dónde está escondido, McClosey?

Ralph McClosey sentía flaquear las piernas.

La cabeza le daba vertiginosas vueltas.

Hubiera caído al suelo de no estar sostenido por Cleese y Swenson.

—Yo... yo no soy un espía... Soy un dibujante..., un amigo de Gerry Bottoms. Le acompañé a Londres sin...

Un alarido de dolor hizo enmudecer a McClosey.

Phil Swenson le estaba retorciendo el brazo.

Y Ernest Levinson acalló aquellos gritos reanudando sus golpes al estómago de McClosey.

Furiosamente.

Con el rostro desencajado por una mueca de sadismo.

—¡Maldito bastardo...! ¡Terminarás por hablar! ¿Dónde está el microfilm? ¡Responde!

—¡Ya es suficiente, Ernest! —exclamó Graham Cleese—. ¿Qué diablos pretendes?

¿Terminar también con él?

Levinson cesó en sus golpes.

Jadeante.

—Sí..., es posible que también le envíe al infierno.

¿Preguntabas por Gerry Bottoms?

¡Traedle aquí!

Ernest Levinson se encaminó hacia la abierta puerta del dormitorio.

McClosely fue arrastrado hasta allí.

—¡Ahí tienes a Gerry Bottoms! —rió Levinson, en cruel carcajada—. ¿Quieres terminar igual que él?

Ralph McClosely tenía las cejas rotas y sangrantes. El ojo izquierdo semicerrado. Pómulos hinchados...; no obstante pudo contemplar a Bottoms.

Yacía sobre la cama.

Desnudo.

Sobre la mesa de noche había una larga porra de goma. La utilizada para golpear salvajemente a Gerry Bottoms. Eran visibles las huellas marcadas sobre su cuerpo. En el rostro, en el pecho... También quemaduras de cigarrillo.

—Tu amigo no resistió la paliza, McClosely. ¿Lo harás tú?

Ralph McClosely sintió náuseas.

Y vomitó.

Graham Cleese y Phil Swenson le soltaron instintivamente. Riendo en estridentes carcajadas.

Ralph McClosely cayó de bruces. Sobre la ropa de Bottoms. Allí estaba la chaqueta de terciopelo color castaño bruñido totalmente desgarrada. Al igual que el pantalón. La billetera, el encendedor desmontado...

McClosely vio algo más.

Bajo la cama.

A poca distancia de los pies del lecho. Semioculto por una de las caídas sábanas de la cama.

Un Roller Pen dorado.

Ralph McClosely conocía aquel artefacto. Se lo había mostrado Bottoms en más de una ocasión. Un recuerdo de sus actividades como agente de la CIA. Un rotulador que, tensando en horizontal el enganche, disparaba un minúsculo pero mortífero proyectil.

Y allí estaba.

En el suelo.

Intacto.

El hecho de no estar desmenuzado significaba que había pasado desapercibido. Sin duda cayó de la chaqueta de Gerry Bottoms sin que nadie reparara en ello.

—¡En pie, McClosely! —ordenó Levinson, propinándole un puntapié—. Vamos a seguir el tratamiento.

Ralph McClosey se retorció por el suelo.

Acentuando el dolor.

Serpenteando hacia el lecho.

—No sé nada... Bottoms nada me dijo..., pero sospecho que ese microfilm está camuflado en un libro..., una novela de Bottoms... ha desaparecido de la habitación del hotel.

—¿Nos tomas por idiotas? Tenemos ese libro en nuestro poder y ya ha sido examinado en nuestros laboratorios. Hubiera sido muy ingenuo por parte del servicio de inteligencia norteamericano utilizar la técnica del micropunto. Ya es demasiado conocida en el mundo del espionaje. Oye, McClosey... —la voz de Ernest Levinson adquirió un falso tono paternal—. No es nuestra intención hacerte daño. Tampoco se lo queríamos hacer a Bottoms, pero él se empeñó. Tú puedes salvar el pellejo con sólo colaborar. Empieza por decirnos dónde está el maletín que Bottoms depositó en una de las cajas de seguridad del Dickinson Hotel.

—Sigue allí...

El rostro de Levinson se transfiguró.

En violenta mueca.

—¡No, bastardo! ¡Ya no está allí! ¿Quién lo ha retirado?

—No lo sé..., yo no...

Ernest Levinson hizo una seña a sus dos compañeros.

—Adelante, muchachos. Machacadle a conciencia.

Phil Swenson introdujo la Luger en la funda sobaquera. Sonrió con sádico placer al apoderarse de la larga porra de goma situada sobre la mesa de noche.

Graham Cleese no guardó la Super-Star. La aferró por el tubo silenciador. Los dos hombres avanzaron amenazadores hacia el caído McClosey.

* * *

Ralph McClosey retrocedió.

Aterrorizado.

Graham Cleese rió divertido por aquella mueca de pánico. No se fijó en los ojos de McClosey. En el brillo de su mirada. Ni tampoco reparó en su diestra semioculta bajo la sábana.

Cleese alzó la Super-Star.

Dispuesto a descargar un culatazo sobre McClosey.

El movimiento de Ralph McClosey fue veloz. Su diestra ya aferraba el Roller Pen. Lo enfiló hacia Graham Cleese mientras

que la mano izquierda tensaba el enganche.

Rogando mentalmente que el artefacto aquel no le fallara.

Y no falló.

Graham Cleese recibió el impacto en el rostro. En la frente. Entre ceja y ceja. Un pequeño proyectil, aunque suficiente para enviarle al Más Allá.

La Super-Star escapó de las manos de Cleese.

No llegó a caer al suelo.

Ralph McClosey ya estaba pendiente de ello. Consciente de que el rotulador era de un solo disparo. Alargó las manos hacia la Super-Star.

Apretó el gatillo.

Cuando Phil Swenson ya había sacado la Germán Luger de la funda sobaquera. El impacto sí fue ahora más violento. Proyectando a Swenson hacia la mesa de noche, haciéndole rebotar y caer golpeándose la cabeza contra una de las barras del lecho. Aquello no importó a Phil Swenson. Ya estaba muerto. Con una certera bala acoplada en el corazón.

La caída de Phil Swenson, aunque vistosa y espectacular, no fue seguida por Ralph McClosey.

No había olvidado a Ernest Levinson.

Sonaron dos detonaciones.

Casi al unísono.

Ralph McClosey, cuando apretó el gatillo, cerró los ojos ante el impacto de la bala que se incrustó en el suelo. A escasas pulgadas de su cabeza.

Un proyectil del veintidós vomitado por la pequeña Sterling en posesión de Levinson.

McClosey había disparado casi a ciegas.

Precipitado por la acción del contrario.

No obstante su bala había sido mortífera. Al abrir los ojos pudo contemplar la macabra danza de Levinson.

Primero trastabilló. Adelante y atrás. Luego soltó la Sterling para llevarse ambas manos al pecho. Sobre su sedosa camisa un rojo orificio. A la altura del corazón. Intentó taponarlo, pero la sangre escapaba por entre los surcos de sus dedos.

Y la visión de aquel viscoso líquido nubló los desorbitados ojos de Ernest Levinson. Un último y definitivo traspiés le hizo caer.

Ralph McClosey se incorporó.

Corrió hacia la puerta.

La paliza recibida hizo flaquear sus fuerzas y cayó de rodillas.

Milagrosamente.

Aquella caída le salvó la vida esquivando el proyectil disparado por el individuo situado bajo el porche de la cabaña.

McClosely respondió instintivamente al fuego.

No hizo blanco, aunque sí obligó a retroceder al individuo.

Ralph McClosely gateó hasta el ventanal.

Los dos individuos se habían parapetado tras el Triumph. Ambos armados. Y comenzaron a disparar hacia la cabaña.

Los vidrios del ventanal saltaron en pedazos.

McClosely se preparó enfilando el cañón de la Super-Star hacia la puerta de entrada.

Consciente de que el ataque llegaría por allí. Uno de los individuos de seguro protegería con su fuego la acción del otro y...

Escuchó el alarido.

Un grito de dolor.

También le pareció oír una detonación algo distante. Un disparo diferente al crepitar que se centraba sobre la cabaña.

Ralph McClosely se asomó prudencialmente al ventanal.

Uno de los individuos yacía de bruces sobre la parte delantera del Triumph. Con los brazos extendidos. Los dedos de su diestra aún continuaban engarfiados sobre la pistola.

No se trataba de un truco.

El individuo tenía la cabeza destrozada por un balazo.

Una nueva detonación.

El segundo individuo realizó un acrobático salto a la vez que giraba como una peonza. Cayó con los brazos en cruz. Los ojos muy abiertos. Fijos en el ardiente sol que brillaba en lo alto. Unos cegadores rayos que ni siquiera hacían parpadear al individuo.

Tras el estruendo de los disparos se originó un tenso silencio.

Hasta los pájaros habían silenciado en su canto.

Ralph McClosely aferró con más fuerza la culata de la Super-Star. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

Entornó los ojos.

Alguien le había librado de aquellos dos individuos, pero tal vez el peligro continuaba. Su momentáneo salvador podía ser un nuevo enemigo.

—¡Eh, Ralph! —gritó súbitamente una voz—. ¡No dispares...! Voy hacia la cabaña... ¡No dispares!

McClosely parpadeó.

Perplejo.

La voz le pareció...

Sí.

No se había equivocado.

Una voz femenina.

Una mujer salió de entre los arbustos situados a unas cien yardas de la cabaña. En su diestra un moderno rifle de precisión.

Avanzó hacia la choza.

Los ojos de McClosey incrementaron su estupor.

Era una mujer joven. De unos veintidós años de edad. Lucía un ceñido sweater y ajustados pantalones. Largos cabellos negros a juego con el ágata de sus ojos. Caminaba despacio. Cada paso acompañado de leve palpitación de sus senos y de innato ondular de caderas.

Era como contemplar el caminar de una diosa del Olimpo.

Sólo que armada con un mortífero rifle de cuya peligrosidad daban muda respuesta los dos cadáveres situados junto al Triumph.

CAPITULO VII

Ralph McClosey saltó al porche.

—¡Suelta el rifle!

La muchacha se detuvo. Su rostro se iluminó con una sonrisa. Descubriendo unos niveos dientes que destellaron al sol. También sus rasgados ojos azabache adquirieron un tenue brillo. Enigmático. Los rosados labios, húmedos y ligeramente carnosos, el superior levantado hacia la naricilla palpitante, no dejaron de sonreír seductores.

—¿Te ocurre algo, Ralph? Acabo de librarte de dos...

—¡El rifle!

La joven se encogió de hombros.

Avanzó unos pasos.

No soltó el rifle, sino que lo depositó cuidadosamente sobre los escalones del porche.

—¿Satisfecho? Te comportas como un niño, Ralph. Pude haberte liquidado cuando estabas asomado al ventanal. Soy una experta tiradora. Máxime con ese rifle.

—¿Quién eres?

—Cathy Nilson. ¿Me permites?

La muchacha penetró en la cabaña.

Al acudir hacia la abierta puerta del detuvo bajo el umbral. Retrocedió.

Imperceptiblemente. Sin duda impresionada por el macabro espectáculo.

Ernest Levinson, Phil Swenson y Graham Cleese yacían en grotescas posturas.

Sin embargo, los negros ojos de la muchacha estaban fijos en el torturado cuerpo de Gerry Bottoms.

—Bastardos...

—Oye, Cathy... o quien diablos seas...

—No te he mentado. Cathy Nilson es mi nombre. Te felicito, Ralph. Ignoro cómo has logrado liquidar a los tres, pero te felicito muy sinceramente. Eran tres perfectos hijos de perra.

—Yo..., yo...

—Tú necesitas cuidados, Ralph. Acompáñame. Aquí ya nada podemos hacer.

—Pero... Gerry...

—Las autoridades se ocuparon de todo. Te aconsejo que permanezcas al margen. Scotland Yard es muy suspicaz. En principio te creerían vinculado a la organización «Cóndor».

—¿Qué es «Cóndor»?

Cathy hizo un mohín.

—Salgamos de aquí, Ralph. El motel lleva varios meses cerrado, pero los disparos pueden haber sido oídos por alguien. Te llevaré a mi apartamento. En semejante estado no puedes presentarte en el Dickinson Hotel.

Sí.

El aspecto de Ralph McClosey era deplorable.

No sólo por el magullado rostro o por la ropa manchada y ensangrentada. Al dolor físico se unía un aturdimiento psíquico. Su mente no acababa de asimilar los vertiginosos acontecimientos sufridos.

De ahí que dócilmente se dejara guiar por Cathy Nilson.

La muchacha recuperó su rifle.

—Olvidemos tu Triumph, Ralph. Se ha hecho ya demasiado popular. A poca distancia de aquí he estacionado mi auto.

Resultó ser un Jaguar XJ-S coupé de dos puertas y cuatro plazas. En discreto color hueso.

Se acomodaron en el interior del vehículo.

Cathy manipuló hábil en el volante para girar en el estrecho sendero que conducía a la pista de Schellsville.

Ralph McClosey encendió un cigarrillo.

De los ocho que quedaban en la cajetilla sólo uno sin romper.

Exhaló una bocanada.

Fijando la mirada en la muchacha.

—¿También tú buscas el microfilm, Cathy?

—Ahá.

—Debí suponerlo. ¿Para quién trabajas?

—Soy agente del Intelligence Service británico.

—Pues voy a desilusionarte, Cathy. La primera noticia del microfilm me fue proporcionada por los asesinos de Gerry Bottoms. Yo no soy un espía ni pertenezco a ninguna organización de inteligencia.

—Lo sé, Ralph. Eres un dibujante de cómic. Y muy bueno. En algunos periódicos ingleses todavía se publica tu tira de «Jungla». Tengo entendido que ahora tu éxito es una serie basada en el mundo del espionaje. «Juego Sucio», ¿no es eso?

—Sabes mucho de mí.

—Y también del microfilm.

—¿De veras? Tiene gracia... El pobre Gerry Bottoms creía estar desempeñando una misión supersecreta.

—Hubo una infiltración, Ralph. La organización «Cóndor» fue la primera en detectarla.

—¿Qué es «Cóndor»?

Cathy Nilson respiró con fuerza.

Sus senos acusaron estar libres de sujetador al marcarse provocativos bajo el ceñido sweater.

—Un nido de bastardos. Una organización secreta especializada en espionaje. Con delegaciones en todas las partes del mundo, aunque su sede está en el Berlín Occidental. Proporciona información al mejor postor. Rusos, norteamericanos, franceses, ingleses, alemanes...; poco importa. «Cóndor» no tiene ideal alguno. Sólo el dinero. Es una organización sumamente peligrosa, Ralph. Mercenarios, asesinos, desertores, traidores... forman su plantilla. En principio se sospechó que estaba respaldada por algún gobierno, pero no es así. «Cóndor» es totalmente independiente. Lo mismo vende información secreta a unos que a otros. Muchos conflictos bélicos y el acentuamiento de la guerra fría han sido provocados por «Cóndor». Tú has liquidado a uno de los delegados de «Cóndor» en Inglaterra. Ernest Levinson.

El Jaguar ya circulaba por la autopista.

En dirección a Londres.

Ralph McClosey permanecía con la cabeza inclinada. Había encendido un nuevo cigarrillo. Un Benson & Hedges de la cajetilla situada en el salpicadero del auto.

—¿Ninguna otra pregunta, Ralph?

McClosey alzó la mirada.

Esbozó una amarga sonrisa. Una mueca que dañó sus maltratados labios.

—¿Para qué preguntar? Gerry Bottoms ha muerto a consecuencia de la brutal paliza recibida. Por su resistencia a confesar algo que desconocía.

—¿Desconocía? —respingó la muchacha—. No, Ralph, te engañó. Gerry Bottoms trabajaba para un nuevo organismo de espionaje norteamericano. Servicio Especial, dirigido por Donald Hawkins.

—Eso ya lo sé.

—Entonces ignoras que Donald Hawkins le entregó un microfilm.

—Le entregó un maletín —rectificó McClosey—. Un maletín de variado contenido. Una máquina de afeitar, cepillo de dientes, un

libro...

Cathy rió en cantarina risa.

—¡Y yo perdiendo el tiempo con el portafolios depositado en la caja de seguridad de!

Dickinson Hotel!

—¿Está en tu poder?

—Sí. ¿Quieres recuperarlo? Sospecho que te pertenece.

—Cierto. Gerry Bottoms hizo el cambio, aunque de poco le sirvió. La organización «Cóndor» registró en la habitación y el maletín entregado por Hawkins. Y tú hacías otro tanto con el maletín de la caja de seguridad.

—Fue sencillo. Hay aparatos tan perfectos que pueden abrir la más complicada caja fuerte en cuestión de segundos. Y el llegar a la cámara de seguridad del Dickinson Hotel también resulta fácil. Con sólo solicitar una caja ya estás dentro.

—Es de suponer que tienes habitación en el hotel.

—Un compañero del Intelligence Service. El que vigiló la entrada de Gerry Bottoms en el hotel. Fue una sorpresa verle acompañado. Nuestros servicios de información no nos avisaron de ello. Investigamos en el tal

Ralph McClosey. Yo fui designada para controlar tus pasos. Pareces ajeno al mundo del espionaje.

—Lo soy.

—Ahora ya no, Ralph. Los hombres de la organización «Cóndor» creerán que tú tienes el microfilm.

—Me tiene sin cuidado. Pienso tomar el primer vuelo con destino a Nueva York.

—¿Sin vengar la muerte de tu amigo Gerry?

Ralph McClosey empuñó los ojos.

Endureciendo las facciones.

La pregunta de Cathy Nilson quedó sin respuesta.

El Jaguar circulaba ya por las calles de Londres. Por la zona de Clerkenwell.

Paralelamente a la longitudinal St. John Street.

El auto se detuvo en Danus Road.

—Ya hemos
llegado, Ralph.
Descendieron del
vehículo.

Ralph McClosey sintió lacerantes punzadas por todo el cuerpo. De nuevo la cabeza le daba vertiginosas vueltas y le dominaban las náuseas.

Cathy se aproximó rodeándole la cintura.

Le sonrió mimosa.

Penetraron en el 771 de Danus Road. El elevador les depositó en la cuarta planta. En cada rellano dos viviendas.

Cathy introdujo una llave en el apartamento de la izquierda.

—Puedes considerarte como en casa.

—Ralph. ¿Te preparo un whisky?

—Sí... Lo necesito.

El reducido living comunicaba con un amplio salón. En el mobiliario, diseño y tonos claros, y decoración se adivinaba una mano femenina.

La joven sirvió dos vasos de Johnnie Walker.

—Por nosotros, Ralph.

—¿Por nosotros... o por el microfilm?

Los carnosos labios de Cathy volvieron a sonreír.

—Ahora por nosotros.

McClosely vació el vaso de whisky.

Fijó sus ojos en la muchacha.

—Pierdes el tiempo conmigo, Cathy. Yo no tengo el microfilm.

—Eso ya me lo has dicho. Anda, ven... Necesitas unas curas de urgencia.

Pasaron a una de las habitaciones del corredor.

Un espacioso dormitorio también decorado. Centrado sobre el lecho una muñeca. —¿Juegas con muñecas, Cathy? Esto no parece el apartamento de un agente de

Intelligence Service.

—También soy una mujer —dijo Cathy, apartando la muñeca y abriendo las sábanas del lecho—. Ahí tienes el cuarto de baño. Quítate esa ropa, te duchas y te acuestas; *okay*? Yo voy a por el botiquín.

La muchacha salió de la habitación.

Ralph McClosely avanzó hacia el contiguo cuarto de baño. Lentamente. Casi arrastrando los pies. Con gran dificultad se despojó de aquella ropa manchada y ensangrentada. No se molestó en vaciar los bolsillos. Ni tan siquiera tenía fuerzas para ello.

Se introdujo bajo la ducha.

Una ducha de agua fría.

Aquello sí pareció reanimarle, aunque a cada intento por enjabonarse con el estimulante gel de baño acusaba punzadas por todo el cuerpo. Especialmente en el costado izquierdo. Puede incluso que tuviera alguna costilla rota.

Se ajustó la toalla de baño a la cintura retornando al dormitorio.

Cathy no estaba allí, pero sí descubrió sobre la mesa de noche un vaso de whisky. Ralph McClosey volvió a vaciarlo. Ahora a pequeños sorbos. Seguidamente se introdujo en el lecho.

Entre las perfumadas sábanas.

Percibió la íntima fragancia. No era un perfume definido, sino el aroma a cuerpo de mujer.

McClosey cerró los ojos.

Y al instante quedó profundamente dormido.

CAPITULO VIII

La oscuridad era total.

Ralph McClosey parpadeó.

Pugnando por escudriñar aquella oscuridad.

Con torpes movimientos alargó la diestra hacia la mesa de noche. Tanteó hasta dar con el interruptor de la lámpara.

La luz le hizo entornar nuevamente los ojos.

Dirigió una mirada al ventanal. Ya era noche. Las sombras ya se habían adueñado de Londres. Consultó el digital del reloj de pulsera.

Las nueve horas y veinte minutos.

Había dormido más de seis horas.

Se incorporó de! lecho acusando de nuevo punzadas por todo el cuerpo. Hizo repetidas genuflexiones para desentumecer los músculos. Respiró con fuerza una y otra vez.

Acudió al cuarto de baño.

Al contemplarse en el espejo reparó por primera vez en las curas realizadas. Tenía dos pequeñas tiritas en las cejas. Y también un ungüento en los pómulos y en las zonas amoratadas del tórax.

McClosey sonrió.

Muy levemente.

Consciente de sus agrietados labios.

Descubrió sobre el taburete del baño el pijama y la bata. En una caja de unos grandes almacenes de Percival Street.

Ralph McClosey volvió a meterse bajo la ducha.

Minutos más tarde salía de la habitación con la bata anudada a la cintura. En el corredor ya le llegó la música.

Abrió la puerta del salón.

Cathy Nilson estaba tumbada en el sofá. Contemplando el programa musical de la televisión. Al percatarse de la presencia de McClosey se incorporó accionando el mando control que desconectaba el aparato.

—Buenas noches, Ralph —sonrió alegremente la muchacha—. '¿Cómo te encuentras?

—Falto de engrase, pero ya mucho mejor.

—Esa pomada hace milagros, Ralph. Pronto te desaparecerá todo dolor.

Afortunadamente no tienes rota ninguna costilla.

—Ni tan siquiera me he percatado de cuando la has puesto. Quedé dormido de inmediato.

—Mis manos son muy delicadas. Procuraré no despertarte.

Se miraron a los ojos.

Cathy lucía un *minishort* y una blusa anudada bajo el busto. Una amplia franja de su cintura al descubierto. Mostrando una piel de suave bronceado. El reducido *hot-pants* también permitía admirar los muslos femeninos, largos y esbeltos.

—Eres la perfecta samaritana, Cathy. Me proporcionas refugio, me cuidas y me compras ropa.

—Espero que sea de tu talla —rió la joven—. Al menos parece que he acertado con el pijama y la bata. Yo ya he cenado. ¿Qué te preparo?

McClosely hizo una mueca.

—Nada. Todavía siento náuseas.

—Tampoco puedes estar todo el día sin alimento. Aquí tengo zumo de naranja. Te serviré un buen vaso.

—Con un poco de vodka.

—Okay.

Ralph McClosely se sentó en el sofá.

De la cercana mesa tomó la cajetilla de Benson & Hedges.

Encendió un cigarrillo.

La muchacha acudió portando un vaso que depositó sobre la mesa. Se acomodó junto a McClosely.

—¿Sigues decidido a marcharte a Nueva York?

—Por supuesto.

—Oye, Ralph..., me resultas un tipo simpático. No quiero que te hagan daño. «Cóndor» no tiene el microfilm, el GRU soviético tampoco, ni el Deuxième Bureau, ni el Servicio Información de Alemania Occidental, ni...

—¿Están todos tras ese microfilm?

Cathy asintió.

Con ensombrecido rostro.

—Sí, Ralph. Es de vital importancia para cualquier nación de Europa. Tu gobierno, los EE.UU., está jugando peligrosamente sin contar con los miembros del Tratado de Alianza Atlántica. Es un juego que se inició hace ya algún tiempo. Con la toma de posesión de

Reagan. El desmesurado presupuesto de USA para armamento fue ya el primer aviso.

Luego la pretensión de la bomba de neutrones junto con los misiles nucleares «Pershing2» y «Cruise» ya emplazados en

territorios europeos. Los miembros europeos de la OTAN no aceptaron.

—La invasión rusa de...

—Sí, Ralph, lo sé... Los EE.UU: quieren frenar el poder de la URSS. El equilibrio del terror. Ese microfilm encierra la más alucinante de las armas nucleares. Un artefacto similar a la bomba de neutrones, aunque de más fácil construcción , traslado e instalación. Su fabricación fue rechazada por el Congreso norteamericano, sin embargo los planos figuran en ese microfilm. No sólo los planos de fabricación, sino también el emplazamiento más adecuado. Un emplazamiento en el interior de la URSS.

McClosely parpadeó.

Incrédulo.

—¿En territorio ruso?

—Sí, Ralph. En ese dossier microfilmado, el Servicio Especial Inteligencia sugiere los puntos más estratégicos. Lugares que los espías emplazados en territorio ruso aceptarán o corregirán. Ese proyecto puede llevarse a cabo en el plazo récord de un año. En un año la URSS puede convertirse en un polvorín potenciado por los EE.UU. Y si ese polvorín estalla puede afectar a los vecinos. Y entre ellos se encuentra Inglaterra. De ahí el interés del Service Intelligence por conseguir el microfilm. Debemos cerciorarnos del peligro real que representa. Hemos contactado con USA, pero ellos niegan todo lo relacionado con ese proyecto. Lo consideran una fantasía nuestra.

McClosely esbozó una sonrisa.

—Tiene gracia... Mis últimas noticias son de que las grandes superpotencias están colaborando en un nuevo tratado similar al Salt-2 de la etapa Carter. La limitación del armamento estratégico por el bien de la paz mundial. Incluso los países celebran reuniones enviando a sus más destacados representantes en defensa de la paz.

—El Congreso Internacional de Desarme ha fracasado. Se ha suspendido.

—Bonito comienzo.

—Política, Ralph.

—No sigas. Me vuelven las náuseas.

—No todo resulta cruel y falso, Ralph. Gerry Bottoms y Nadia Kazanquina son un buen ejemplo, ¿no es cierto?

McClosely fijó sus ojos en la muchacha.

Inquisitivos.

—Me parece detectar una ironía en tu voz, Cathy.

—¡Oh, no...! Nada de eso. Mi compañero del Intelligence

Service se sorprendió mucho al ver salir a Gerry Bottoms en compañía de Nadia Kazanquina. Muy acaramelados. Les siguió. Primero una romántica cena en un restaurante italiano y luego hacia las cabañas de Willis Park. Poco les importó el encontrar cerrado el motel. Fueron directamente hacia la cabaña catorce. Y mi compañero esperó hasta el amanecer. Nadia Kazanquina salió en el Triumph dejando a Gerry Bottoms en la cabaña. Mi compañero optó por seguir a la bella agente del GRU. Fue un error. Debió quedarse en Willos Park. Tal vez hubiera podido ayudar a Bottoms.

—Nadia regresó al Dickinson Hotel.

—Sí, lo sé. Es muy extraño... Desconocía las relaciones entre Gerry y Nadia. Me sorprendía que un agente del Servicio Especial Inteligencia norteamericano mantuviera tan íntima amistad con una espía soviética. Hasta que fue informada de lo ocurrido hace tres años. Con Gerry Bottoms como agente de la CIA y burlado por Nadia Kazanquina. Y eso me sorprendió aún más.

—¿El qué?

—Nadia Kazanquina le robó unos planos. Traicionando el amor y la confianza de Gerry Bottoms.

—Correcto.

—Y ahora Bottoms vuelve anhelante a los brazos de Nadia.

—Sí, Cathy. También yo mostré sorpresa. ¿Quieres conocer la respuesta de Gerry Bottoms a mi estupor? Me dijo que amaba a Nadia. Por encima de todo. Sin importar nada más.

—Lo dicho, Ralph. Lina bella historia de amor.

—De amor... y de muerte —murmuró McClosey—. Sospecho que el pobre Gerry fue engañado por segunda vez. Tal vez Nadia consiguió el microfilm. Por eso abandonó la cabaña sin Gerry. Ya había logrado su objetivo.

Cathy permaneció unos instantes en silencio.

Movió lentamente la cabeza.

—Sí..., entra en lo posible. Lo cierto es que Nadia Kazanquina no está ya en Londres.

—¿Ha regresado a Moscú?

—Salió con destino a Berlín. El profesor Aleksei Shatalov pasará un par de días con unos familiares establecidos en el Berlín Occidental. Luego proseguirán viaje a la URSS.

—¿Conoce Nadia la muerte de Gerry?

—El GRU también está muy bien informado, Ralph. Es de suponer que Nadia esté al corriente de lo sucedido.

—Pudo quedarse a los funerales.

Cathy sonrió.

—Eres un ingenuo, Ralph. ¿Crees acaso que el amor de Gerry Bottoms era correspondido? Además, no habrá funerales. Al menos en Inglaterra. La embajada norteamericana ha entrado en contacto con las autoridades inglesas para el traslado de los restos mortales de Gerry Bottoms a EE.UU.

—Un detalle maravilloso —dijo McClosey, con sarcasmo—. Gerry lo apreciará mucho desde el Más Allá.

—A nosotros nos ha sorprendido esa decisión, Ralph. Es como reconocerle una cierta categoría a Gerry Bottoms. Asegurar su condición de agente al servicio de la inteligencia USA. Todo muy extraño. Es como pregonarlo a los cuatro vientos. Podía haber pasado desapercibido. Turista norteamericano muerto violentamente. Gerry Bottoms, periodista y escritor. Sólo eso. Sin embargo, con esa demanda oficial de trasladar el cadáver a Estados Unidos cuando terminen las investigaciones, ha dado pie a que se saquen conclusiones. Sí..., todo muy extraño.

—Supongo que Scotland Yard deseará interrogarme.

Los gordezuelos labios de Cathy volvieron a sonreír.

—Ya he hablado yo por ti. No serás molestado. Incluso tengo aquí tu equipaje del Dickinson Hotel. Puedes abandonar Londres cuando gustes.

—¿Ya no te soy sospechoso?

—Tú no tienes el microfilm. No está aquí. Sospecho que vuela ahora con destino a Berlín.

—¿Nadia Kazanquina?

—Ahá. Esa es mi hipótesis. Mañana saldré hacia Berlín para confirmarla. No me doy por vencida tan fácilmente.

—¿Puedo acompañarte?

Cathy parpadeó.

Con gracioso mohín en el rostro.

—¿A Berlín?

—Sí. Me gustaría conocer personalmente a Nadia Kazanquina. Contemplarla cara a cara. Debe ser una mujer extraordinaria.

—Y peligrosa, Ralph.

McClosey se reflejó en los bellos ojos de la joven.

—También tú eres peligrosa, Cathy. ¿Crees que no he comprendido tu juego? Me has utilizado. Has tendido el anzuelo de Berlín y yo he picado. Gerry Bottoms ha muerto. Yo puedo ser el eslabón que conduzca hasta el microfilm. El contacto que debería hacerse cargo del maletín acudirá a mí para informarme del emplazamiento exacto el microfilm. ¿Nadia Kazanquina...? No,

Cathy. Gerry no le entregó el microfilm, puesto que él mismo ignoraba todo lo relacionado con este maldito asunto. Sólo tenía que esperar al contacto y entregarle el maletín. Sólo eso sabía Gerry Bottoms.

La muchacha sonrió.

—Okay, Ralph. No niego nada de cuanto has dicho.

—Celebro tu sinceridad.

—¿Viajamos a Berlín o decides quedarte aquí?

Ralph McClosey correspondió a la sonrisa de la joven.

—Que me busque el contacto de Donald Hawkins en Berlín. Mi deseo de conocer a Nadia sigue firme.

—Ten mucho cuidado con ella, Ralph.

—Yo jamás perderé la cabeza por una mujer.

—¿Estás seguro?

Volvieron a mirarse a los ojos.

Ralph McClosey, sin saber cómo, se encontró besando los carnosos labios de Cathy. Reclinándola sobre el sofá. La anudada blusa se abrió descubriendo los breves y erectos senos femeninos. Se apoderó de ellos abarcándolos con ávidas manos. Sin dejar de besar la boca de Cathy. Deslizó los labios por el frágil cuello hasta llegar a los turgentes pechos.

Percibió cómo las manos de Cathy se posaban sobre su nuca presionándole contra sí.

La muchacha se estremeció acusando las caricias.

McClosey volvió en busca de los ardientes labios de Cathy. Besándolos de nuevo.

Apasionadamente.

Enfebrecido por el deseo.

Ralph McClosey empezaba a perder la cabeza.

CAPITULO IX

El avión tomó tierra en el aeropuerto de Templehof. Bajo una fina y persistente lluvia que hacía aún más sombría la tarde. Los viajeros procedentes de Londres fueron trasladadas a una de las salas-control aduaneras.

Ralph McClosey retiró su pasaporte con unas balbuceantes palabras de alemán.

Cathy sonrió.

—Esta noche practicarás conmigo, Ralph. Mi alemán es perfecto.

—Todo en ti es perfecto, Cathy. Exceptuando que trabajes para el Intelligence Service.

—Un trabajo como otro cualquiera, Ralph. Disculpa. ..

Cathy Nilson avanzó hacia uno de los mostradores de recepción de avisos. Conversó unos minutos con la azafata. Esta, tras consultar en un archivador, le tendió un sobre.

La muchacha retornó junto a McClosey que esperaba con dos pequeñas maletas.

—¿Qué es eso, Cathy?

El sobre contenía unas llaves y una cartulina.

—Las llaves de un auto que nos espera en el parking 7-S del aeropuerto. Y también el alojamiento de Nadia Kazanquina. En el hotel Kreuzfahrt. El profesor Shatalov está con sus familiares en la zona de Zehlendorf. El y su escolta personal. También Nadia estará escoltada. Los rusos se vigilan unos a otros.

Encaminaron sus pasos hacia el parking.

Sección 7-S.

Cathy Nilson localizó de inmediato el auto. Un deportivo y aerodinámico Porsche «Turbo» en metalizado color.

La muchacha se hizo cargo del volante iniciando la marcha.

—Supongo que tenemos habitación reservada en el Kreuzfahrt.

—Correcto, Ralph. Los enlaces del Intelligence Service en Alemania son también muy eficaces; pero no olvides que Berlín es la sede de la organización «Cóndor». Quieren tu pellejo, Ralph. Y ahora tú te paseas con el maletín que Gerry Bottoms depositó en la caja de seguridad del Dickinson Hotel. Eso me resulta casi suicida.

—El maletín me pertenece, Cathy. Encierra valiosos

instrumentos de trabajo.

—Plumas y rotuladores que pueden comprarse en cualquier sitio.

—Te equivocas. Son plumas especiales. Alguna de ellas ya adaptadas a mi mano. Es como si formaran parte de mí.

—¿Te gusta tu trabajo, Ralph?

—¿El cómic? Por supuesto. Al principio fue muy duro. Sometido a los condicionamientos del editor. Ahora puedo permitirme el lujo de dibujar lo que quiero. Con mis propios guiones, aunque reconozco que el mejor guión era el de «Juego Sucio». El guión proporcionado por Gerry Bottoms.

—«Juego Sucio»... Extraño título para un cómic de serie.

—No si está basado en el mundo del espionaje. ¿Y a ti, Cathy? ¿Te gusta tu trabajo?

La muchacha demoró unos instantes la respuesta.

Con sus ojos ágata fijos en el parabrisas.

—No siempre, Ralph, pero procuro cumplirlo lo mejor posible. Considero el espionaje como un mal necesario.

—Te admiro, Cathy.

—Estás impresionado por la muerte de Gerry Bottoms. Fríamente, desde el exterior, juzgarías de otra forma. El espionaje es necesario para evitar males mayores.

—La muerte de Gerry... Sí, es posible que me haya afectado; pero yo ya conocía el mundo del espionaje. Precisamente por boca de Gerry Bottoms. Un mundo cruel y despiadado. Yo he matado a tres hombres, Cathy. Jamás había matado a nadie. Maté a tres hombres y no sentí absolutamente nada.

—Defendías tu vida, Ralph. Y además estaba presente el torturado cuerpo de tu amigo Gerry.

—Sí, lo sé, pero me horroriza mi propia frialdad. Mi indiferencia. No quiero caer en esa red.

—La maldad existe, Ralph. En todas partes. Y el hombre es incapaz de vencerla porque la lleva en su interior. Nace con ella. Ni tan siquiera es vencida por el amor. Ahí tienes el ejemplo de Gerry y Nadia.

Ralph McClosey guardó silencio.

Encendió un cigarrillo.

No reanudaron la conversación hasta adentrarse por las calles de Berlín. En plena vorágine de tráfico. Una riada de vehículos por el distrito Schöneberg. El auto circulaba en dirección a Hohenstaufen. En pleno centro de Berlín.

—Debajo de tu asiento encontrarás una pequeña caja, Ralph.

¿Quieres sacarla, por favor?

McClosey obedeció.

Una caja de zapatos, aunque su contenido era otro.

La abrió sin esperar autorización de Cathy. En su interior dos automáticas. Dos pistolas Wilkinson «Diane» calibre veintidós. Junto con un par de cargadores.

—Puedes quedarte con una, Ralph. La otra para mí.

—No la necesito.

—Piénsalo detenidamente. No por Nadia Kazanquina, sino por los hombres de «Cóndor».

Ralph McClosey atrapó una de las pistolas para introducirla en el bolsillo interior de la chaqueta. Al igual que el cargador.

La muchacha sonrió.

Aprovechando un obligado stop guardó la otra automática en su bolso de mano. Ya circulaban por Mütze Strasse. En el 690 se alzaba el hotel Kreuzfahrt. Un edificio antiguo. Con el rancio y recargado lujo de los hoteles de principio de siglo.

Cathy estacionó en la circular plaza.

Descendieron del vehículo portando el reducido equipaje que, al aproximarse al Kreuzfahrt, fue de inmediato tomado por uno de los empleados del hotel.

Pasaron al hall de recepción cumplimentando las fichas de rigor.

El conserje les habló en correcto inglés.

—Les ha sido reservada la habitación 207.

—Gracias —sonrió Cathy, girando hacia McClosey—. ¡Eh, Ralph...!

McClosey estaba junto a la puerta que comunicaba con el salón social. Acudió a la llamada de la joven.

—¿Cuál es mi habitación?

Los negros ojos de Cathy adquirieron un malicioso brillo. Acentuado por sensual sonrisa. —Mis compañeros en Berlín han cometido un pequeño error, Ralph. Únicamente han reservado una habitación para dos. ¿Te importa?

—Quieres controlarme de cerca, ¿no es cierto?

—Ahá. ¿Subimos?

Un botones esperaba próximo a uno de los elevadores con el equipaje y la llave de la habitación.

—Yo voy a tomar un trago, Cathy. Tengo la garganta seca. Te cedo el primer lugar en la ducha, ¿de acuerdo?

La muchacha eclipsó el brillo de sus ojos.

Ahora dirigió a McClosey una suspicaz mirada.

—Tranquila, Cathy —sonrió McClosey, adivinando los pensamientos de la joven—. No trato de darte el esquinazo. En quince minutos me reuniré contigo. El tiempo de ducharte.

—No salgas del hotel sin mí, Ralph.

—Eres mi guía, Cathy. Ya sabes mi mal alemán.

La muchacha pasó a la cabina del elevador.

Ralph McClosey encendió un cigarrillo.

Esperó unos segundos antes de encaminar sus pasos hacia el contiguo salón social. Una amplia sala de gruesas columnas con adornos arquitectónicos. A la izquierda un mostrador. Confortables sillones cercaban artísticas mesas. Algunas de ellas discretamente aisladas por biombos.

Ralph McClosey acudió al mostrador solicitando una dunkles bier. Con la jarra de cerveza negra en la diestra avanzó hacia una apartada mesa situada junto a la gran cristalera.

Estaba ocupada por una mujer.

McClosey depositó la jarra sobre la mesa a la vez que dirigía una penetrante mirada a la muchacha. —Hola, Nadia.

* * *

Los azules ojos de la muchacha se posaron en McClosey.

Inexpresivos.

Ausentes.

Velados por un halo de tristeza.

—¿Nos conocemos?

Ralph McClosey tomó asiento frente a la joven de rubios cabellos. Sin apartar la mirada de su rostro.

Sí.

McClosey la conocía perfectamente. Gerry Bottoms le había hablado de ella. Infinidad de veces. Y varias fotografías de Nadia Kazanquina adornaban el apartamento de Bottoms en Nueva York.

—Yo sí te conozco, Nadia; aunque es la primera vez que nos vemos frente a frente.

—No comprendo... ¿Quién eres?

El inglés de Nadia era perfecto. Un inglés londinense no adquirido en academias.

—Ralph McClosey.

Una tenue palidez se apoderó de las facciones de Nadia. Sus labios balbucearon imperceptibles.

—Ralph...

—Eso es. El amigo de Gerry Bottoms.

—Lo sé... Gerry me habló de ti.

—Gerry ya no hablará más.

El rostro de Nadia Kazanquina adquirió ahora la palidez de la azucena.

—¿Qué quieres de mí, Ralph?

McClosely sonrió.

Despectivo.

—¿Yo? Nada, Nadia. Yo no soy un espía a sueldo. No quiero nada de ti. Sólo deseaba conocerte. Tenía interés por contemplar a la mujer capaz de destruir la vida de un hombre.

Los ojos de Nadia se nublaron.

—Yo,, yo no maté a Gerry...

—Sí, Nadia. Tú le mataste. Hace dos años. Gerry era un muerto viviente. Sólo le sostenía su amor hacia ti.

—También yo le amaba.

Ralph McClosely arrojó el cigarrillo.

Furioso.

—¿De veras? ¿Antes o después de arrebatarle el dossier?

—Tú... tú no puedes comprender...

—No, Nadia. No lo comprenderé jamás. Sólo una cosa es cierta. Gerry Bottoms ha muerto. Ahora sí descansa definitivamente. Tú no has intervenido directamente en su muerte. Cayó en manos de unos hombres sin escrúpulos. Los bastardos de la organización «Cóndor».

—Sí..., lo sé.

—Por supuesto, Nadia. Tú abandonaste la cabaña de Willis Park a tiempo. De seguro te cruzaste con los asesinos.

—Tenía que estar en el Dickinson Hotel antes de las ocho de la mañana para entregar unos escritos al profesor Shatalov. Ignoraba que el profesor se había retirado airadamente del Congreso de Desarme. Mi propósito era entregarle los escritos mecanografiados y regresar junto a Gerry. Así había quedado con él. Me esperaba en la cabaña de Willis Park. —No acudiste a esa cita.

—No... Ya me fue imposible salir del Dickinson Hotel. Se estaba preparando todo para desplazarnos a Berlín. Quise comunicarme con Gerry, pero era inútil. El motel de Willis Park estaba cerrado al público... Ya en el aeropuerto fui informada de lo ocurrido. No... no podía creerlo...

—¿Por qué no? La vida de un espía siempre está pendiente de un hilo.

—Gerry Bottoms ya no era un espía. Lo dejó hace... abandonó la Central Intelligence Agency después... de... de...

—¿De tu traición?

Nadia bajó los ojos.

Incapaz de soportar la mirada de McClosey.

—Sí...

—Gerry Bottoms estaba en Londres cumpliendo una misión. Trabajaba para el Servicio Especial Inteligencia norteamericano.

Nadia parpadeó.

Perpleja.

—No... no lo sabía... Y me resisto a creerlo. Gerry juró no volver a colaborar con ningún organismo de espionaje.

—Lo hizo por ti, Nadia. Aceptó el trabajo sólo por poder verte. Por estar nuevamente contigo. Le comunicaron que tú estarías en Londres. Y ya nada más le importó. Sólo reunirse contigo... y con la muerte.

—Dios mío...

—No trates de fingir conmigo, Nadia. De seguro trataste de sonsacarle en la cabaña de Willis Park. Tú perteneces al espionaje soviético y...

—¡No...! ¡Sólo hablamos de nuestro amor! —interrumpió Nadia, con vehemencia—. De los dos años perdidos... Yo quería a Gerry... No he dejado de quererle. Lamento lo ocurrido hace dos años. Ignoraba que iba a enamorarme de él.

—Eso no te impidió traicionarle.

—¿Traicionarle...? ¡Dios...! Tú no puedes comprender...

McClosey se incorporó.

Acentuando su despectiva mirada.

—No, Nadia. Jamás te comprenderé. Y quiero que...

Ralph McClosey enmudeció.

Percatándose por primera vez de la moneda que Nadia Kazanquina tenía entre sus manos. Jugueteaba con ella nerviosamente. Era una moneda de plata. Con la efigie de Eisenhower.

CAPITULO X

Ralph McClosey le arrebató la moneda.

Bruscamente.

Sí.

Una moneda conmemorativa de Dwight David Eisenhower. Una emisión no puesta en circulación en EE.UU. Acuñada a la muerte del conmemorado presidente norteamericano.

—¿De dónde has sacado esta moneda? ¿Cómo ha llegado a tu poder?

La muchacha parpadeó sorprendida por la actitud de McClosey.

Tendió su diestra.

—Devuélveme la moneda.

—No, Nadia. Antes quiero que respondas a mi pregunta. ¿Cómo ha llegado a tu poder?

—Eso es algo que no te incumbe.

Ralph McClosey se inclinó sobre la mesa.

Endureciendo las facciones.

—Te equivocas, víbora. ¡Sí me interesa! Gerry Bottoms está muerto.

—Gerry nada tiene que ver en esto.

—¿De veras? Gerry tenía que entregar un maletín a determinado contacto en Londres. Alguien a sueldo del Servicio Especial Inteligencia. Ese contacto se presentaría a Gerry mostrándole una peculiar moneda. ¡Una moneda de plata con la efigie de Eisenhower!

McClosey arrojó la moneda sobre la mesa.

Nadia no hizo ademán de recogerla.

Su rostro tenía una cadavérica palidez. Reflejando una mueca de estupor. Al igual que el incrédulo parpadear de sus ojos.

—No... eso... eso no es cierto...

—Sí lo es. Esta moneda es la contraseña para la entrega del maletín. Ahora está en tu poder. Es fácil de adivinar lo ocurrido. El GRU o la KGB ya se han hecho cargo del microfilm, ¿no es cierto?

—No..., yo no...

—Te burlaste nuevamente de Gerry. Otra segunda traición. Ahora más cruel y definitiva.

¡Ahora has acabado con Gerry para siempre!

—Dios mío... Dios mío... No... ¡No es posible!

Nadia Kazanquina se levantó atrapando la moneda y un pequeño bolso de mano. Se encaminó hacia la salida. Precipitadamente.

Ralph McClosey la contempló estupefacto.

Nadia iba llorando.

Con los ojos bañados en lágrimas.

Aquella reacción de la joven desconcertó a McClosey. Fue entonces cuando, a través de la cristalera, vio a Nadia agitar la mano en demanda de un taxi. Se aproximó un vehículo. El portero del hotel abrió la portezuela para que la muchacha se acomodara en el interior.

McClosey dudó.

Una fracción de segundo.

Abandonó el salón social saliendo al exterior del hotel. Rebuscó por los bolsillos sacando un billete de veinte dólares que tendió al uniformado portero del hotel.

—Esa muchacha rubia... ¿Qué dirección dio al taxista?

—Irrgarten Strasse —respondió el individuo, haciéndose cargo del billete—. No mencionó el número de la calle.

Ralph McClosey había formulado la pregunta en su torpe alemán, aunque fue captada.

Al igual que él comprendió la, respuesta del portero del hotel.

Cruzó hacia el parking de la circular plaza.

Profirió una maldición al comprobar que Cathy no había dejado las llaves en el interior del Porsche.

Hizo una reiterada seña a un taxi.

—¡Irrgarten Strasse!

—Okay.

Ralph McClosey dirigió una mirada al taxista. Este le sonreía cordial.

—¿Habla mi idioma?

—Seguro.

—Quiero localizar a una muchacha rubia que salió del hotel hace unos pocos minutos. Tomó un taxi y...

—La he visto —interrumpió el individuo, ampliando la sonrisa que se tornó maliciosa—. Un buen ejemplar. El viejo Rudolf tiene suerte con los pasajeros. Una cara bonita ameniza el trayecto.

—Me gustaría conocer el número de la Irrgarten Strasse donde se detuvo su compañero Rudolf. Pagaré generosamente la información.

—Con un poco de suerte le facilitaré el dato.

—¿Puede comunicar con el taxi?

El individuo denegó con un movimiento de cabeza.

—Ni mi auto ni el de Rudolf dispone de radioteléfono, pero próxima a Irrgarten Strasse hay una parada de taxis. Rudolf es enemigo de deambular por la ciudad con el piloto de libre encendido. Prefiere esperar en la parada. Si llegamos a tiempo de que no le hayan requerido sus servicios, le encontraremos allí. Lo dicho. Cuestión de suerte.

El auto circulaba por la zona de Friedhof.

Ya no era tan intenso el tráfico de vehículos. La terminada jornada laboral hacía refugiar en sus hogares a gran número de habitantes. Los luminosos de neón ya habían hecho su aparición en las calles.

El trayecto fue largo.

Hasta Lichterfelde.

En algunos puntos de la ciudad embotellamientos lógicos en una gran urbe como lo es Berlín.

—Ya estamos llegando —anunció el taxista—. La primera de las bocacalles es Irrgarten Strasse. ¿Nos acercamos primero a la parada de taxi?

—Por supuesto. Sin el número de Irrgarten Strasse no soluciono mi problema.

El individuo estacionó en doble fila para seguidamente descender del vehículo. Retornó a los pocos minutos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hemos tenido suerte. Allí está Rudolf. La muchacha se bajó en el 133 de Irrgarten Strasse.

—Iré hasta allí andando —decidió McClosey, abandonando el taxi—. Gracias por todo. El individuo amplió la sonrisa aún más al atrapar el fajo de billetes.

—Buenas noches, señor.

Ralph McClosey se adentró por Irrgarten Strasse.

Una calle de reducido tráfico. Tanto de vehículos como de peatones. Terminada la jornada laboral, los escasos establecimientos comerciales con sus puertas cerradas. De ahí la soledad de Irrgarten Strasse.

McClosey llegó ante el 133.

Un viejo edificio.

Casi en ruinas y sin señales de estar habitado.

Ralph McClosey reparó en la escalera. Conducía a una especie de sótano. Aunque descolorido y sucio, era visible el toldo

anunciador de la imprenta Schmundler.

Había luz en el interior.

McClosey descendió- los peldaños. Llegó ante la puerta semividriera. Su zurda fue hacia el pomo mientras que la mano derecha se apoderaba de la diminuta Wilkinson calibre veintidós.

Giró el pomo.

La puerta cedió al empuje.

Ralph McClosey penetró cerrando tras de sí. Estaba ante un mostrador recubierto por gruesa capa de polvo. Al igual que en las vacías estanterías, mesa y sillas. McClosey empujó la hoja de madera.

Contempló la amplia estancia. Con viejas máquinas de imprenta ya inutilizadas y en total abandono. Con profusión de botellas y recipientes. También había un camastro. Y sobre el camastro yacía Nadia Kazanquina. Con la cabeza ladeada hacia la puerta. Sus ojos azules fijos en McClosey.

Muy abiertos.

Sin pestañear.

Unos azules ojos ya velados por el fantasma de la muerte.

CAPITULO XI

Ralph McClosey avanzó lentamente.

Con los ojos fijos en el cadáver.

El rostro de Nadia no expresaba temor alguno. Incluso sus desorbitantes ojos parecían haber recibido a la muerte con complacencia. Su juvenil vestido con un rojo orificio. A la altura del pecho. Una bala en su seno izquierdo. La sangre aún dibujaba regueros sobre la tela.

El ruido fue imperceptible.

Sin embargo, Ralph McClosey reaccionó como alertado por un sexto sentido. Giró con rapidez a la vez que se ladeaba ágil. Esquivó milagrosamente la barra de hierro.

Y correspondió al ataque del individuo. Golpeándole con la culata de la Wilkinson en el costado. Se escuchó un crujir de huesos acompañado de un alarido de dolor.

Había otro individuo. Semioculto tras una de las máquinas. Un individuo de pelo rojizo y rostro alargado. Hizo ademán de llevar su diestra a la funda sobaquera.

—¡Quieto! —ordenó McClosey—. ¡Un movimiento sospechoso y te envío al infierno!

El individuo sonrió alzando las manos.

—Tranquilo, hermano... Sospecho quién eres. Nadia nos acaba de hablar de ti. Ralph McClosey, ¿me equivoco?

McClosey retrocedió unos pasos.

Abarcando con su arma a los dos individuos. El que había recibido el golpe se incorporaba con dificultad. Pálido y boqueante.

—Yo soy Eddie Wingrove —dijo el individuo de pelo rojizo—. Y ése es mi compañero Edward Somers. Nada debes temer de nosotros, McClosey. Te confundimos con un esbirro de «Cóndor» al verte merodear por la imprenta. Edward y yo somos agentes de Servicio Especial Inteligencia. Trabajamos para Donald Hawkins.

—No te creo.

—¿Por qué no, McClosey? ¿Qué pruebas quieres? Estamos en Berlín para una muy importante misión. La más grande llevada a cabo en la historia del espionaje. ¿Sabes lo que es esto? —Eddie Wingrove abrió la palma de su zurda. Mostrando la moneda de plata de Eisenhower—. Esta moneda encierra en su interior un microfilm. Algo fabuloso que convertirá a la URSS en un polvorín.

Y no sólo eso, McClosey. Hay órdenes para nuestros agentes en territorio ruso. Consignas y planes para provocar huelgas y disturbios en los países del pacto de Varsovia. Llegado el momento será sencillo sembrar el caos y...

—Abre esa moneda, Eddie. Quiero ver el microfilm. Sin trucos o te vuelo la cabeza.

Wingrove sonrió.

Manipuló en la moneda.

Y efectivamente se abrió. Descubriendo en su interior un microfilmado. Pequeño, aunque ampliado ocuparía folios y más folios.

—¿Me crees ahora, McClosey?

—No del todo. Ese microfilm fue entregado a Gerry Bottoms por el propio Donald Hawkins. Bottoms debería entregarlo a un contacto en Londres.

Eddie Wingrove hizo una mueca.

—Está bien... Vamos a confiar en ti, McClosey. Eres un ciudadano norteamericano al igual que nosotros y de seguro quieres que tan importante misión se lleve a buen término. Lo de Gerry Bottoms fue un señuelo.

—¿Un... señuelo?

—Un truco de Hawkins. Hubo infiltraciones. Donald Hawkins no podía dar marcha atrás en el plan del microfilm, que lo entregaría en Londres... La organización «Cóndor», el Intelligence Service, el Deuxième Bureau... todos pendientes de los movimientos de Bottoms. Mientras que el microfilm era trasladado por nosotros y entregado tranquilamente en Berlín.

McClosey apretó con fuerza las mandíbulas.

La automática tembló en su diestra.

—Quieres decir... el maletín entregado a Bottoms...

—No contenía nada, McClosey. Nada de importancia. Ya te lo he dicho. Fue un truco de Hawkins. Mantener a Gerry Bottoms como señuelo mientras nosotros nos desplazábamos a Berlín haciendo entrega del microfilme a nuestro contacto en Moscú.

—Gerry Bottoms ha muerto.

—Sí, nos hemos informado de ello hace poco —dijo Wingrove—. Cosas del oficio.

—Bastardos..., hijos de perra...

—En ocasiones es necesario sacrificar vidas por el éxito de una misión, McClosey. No seas idiota y colabora. No tenemos mucho tiempo. Han surgido dificultades y...

—Yo sí os proporcionaré dificultades, malditos.

Wingrove y Somers intercambiaron una mirada.

—Un momento, amigo —habló Edward Somers, por primera vez—. Si entorpeces la marcha de nuestro plan, también tus días estarán contados. No lo consideres como una vulgar amenaza. Vamos a salir de aquí y tú bajarás esa pistola. —Intenta salir —dijo McClosey, fríamente—. Hazlo y te lleno de plomo.

—¡Maldita sea...! ¿Qué diablos quieres? No podemos perder más tiempo. Nuestra misión puede fracasar si...

—¿Por qué habéis matado a Nadia Kazanquina?

—Nos traicionó.

Ralph McClosey parpadeó.

Perplejo.

—¿Os traicionó...? No comprendo..., ella era... era agente del GRU soviético.

Eddie Wingrove volvió a tomar la palabra.

—Oye, McClosey..., es una historia muy larga y no tenemos tiempo de...

—¡Explícate o te cierro la boca para siempre!

—Está bien, está bien... Nadia Kazanquina era nuestro contacto en Moscú. Ella tenía que pasar el microfilm a la URSS y cursar las órdenes a nuestros agentes en territorio ruso.

Nadia era agente nuestro, McClosey. Desde hace ya mucho tiempo.

Ralph McClosey palideció.

—Mientes..., eso no puede ser cierto... Nadia Kazanquina robó unos planos a Gerry Bottoms, hace dos años... cuando Bottoms era agente de la CIA... Nadia se apoderó de un dossier que entregó a la KGB.

Wingrove asintió.

Sonriente.

—Seguro. Fue su introducción para no levantar sospechas. Robó unos planos a Gerry Bottoms. Un dossier convenientemente manipulado para no causarnos mucho daño. Así Nadia se ganó la confianza del GRU; y desde entonces no ha dejado de trabajar para nosotros.

—Cielos... Todo... todo este tiempo...

—Sí, McClosey; pero la muy estúpida cometió el error de enamorarse de Gerry Bottoms —dijo Edward Somers—. Incluso hace dos años dudó en cumplir las órdenes de Donald Hawkins, aunque terminó por ceder y... traicionar a Bottoms. Este ignoraba todo. Creyó haber entregado unos vitales documentos a una espía rusa. Ahora, con Bottoms nuevamente como cabeza de turco, Nadia

quiso volverse atrás. Afectada por la muerte de Bottoms y por el engaño a que fue sometido por el Servicio Especial Inteligencia.

—Y Nadia pagó con la vida.

—Era necesario, McClosey. No sólo se negó a pasar el microfilm, sino que quería abandonar toda actividad de espionaje a favor del Servicio Especial Inteligencia. Era peligroso dejarla con vida. La trastornó la muerte de Bottoms. La muy estúpida seguía enamorada de él pese a los dos años de separación.

—Está mejor muerta —sentenció Edward Somers—. Ultimamente ya no se mostraba tan eficaz. Empezaba a demostrar demasiados escrúpulos.

—Sois alimañas..., peor que bestias...

—Escucha, McClosey..., puedes tener tu recompensa. Donald Hawkins paga generosamente. Actúa con plena libertad. Sin rendir cuentas a nadie.

—Estoy convencido de ello. Ni la Central Intelligence Agency aceptaría vuestros repugnantes métodos. ¡Dame el microfilm!

—¿El microfilm? —bizqueó Eddie Wingrove—. ¿Para qué lo quieres?

—Voy a destruirlo.

—Pero... ¿te has vuelto loco?

—El único loco es Donald Hawkins —replicó McClosey, secamente—. Me consta que el gobierno USA es ajeno a las maquinaciones de Hawkins. Con su nefasto proceder puede desencadenar una guerra mundial.

—Cierto que el proyecto es obra exclusiva de Hawkins, pero eso no...

—El microfilm, Eddie. Tienes tres segundos.

Eddie Wingrove dirigió una significativa mirada a su compañero.

Y ambos actuaron al unísono.

Wingrove arrojó la moneda hacia McClosey mientras que su diestra iba en busca del revólver que descansaba en la funda sobaquera.

Edward Somers levantó la pesada barra de hierro.

Fracasaron.

Ralph McClosey no hizo ademán de coger la moneda. Fríamente apretó el gatillo cuando Edward Somers se disponía a descargar la barra de hierro sobre él.

Ladeó levemente el cañón de la Wilkinson.

Un segundo disparo.

Eddie Wingrove, ya con el revólver en la diestra, proyectó la

cabeza hacia atrás al recibir el impacto en la frente. Con un negruzco orificio muy similar al de su compañero Somers.

Ralph McClosey sí se inclinó ahora para recoger la moneda.

Quitó el microfilm.

Justo en el momento en que se abría bruscamente la puerta de entrada a la imprenta.

Unos precipitados pasos y apareció Cathy Nilson.

Con la automática en su mano derecha.

La muchacha palideció bajo el umbral.

—Santo Dios...

McClosey pareció ajeno a la presencia de la mujer. Había dejado el microfilm sobre una de las planchas metálicas de imprenta. Tomó una botella de ácido de una de las estanterías.

—Voy a quemar el microfilm, Cathy. Dispara sobre mí si quieres impedirlo.

Cathy no respondió.

Teñía la mirada fija en Nadia Kazanquina.

Se inclinó sobre ella cerrando los desorbitados ojos. Acto seguido giró hacia McClosey. —¿Ya ha terminado, Ralph?

—Sí...

—Entonces salgamos de aquí. Me hubiera gustado llegar antes, pero me costó dar contigo. Indagué entre los taxistas y... ¡Oh, Ralph! ¿Qué ha ocurrido? ¿Quiénes son esos dos hombres? ¿Quién ha matado a Nadia? ¿Por qué?

—Vamos fuera, Cathy... Necesito respirar aire puro.

Abandonaron la casa.

El Porsche estaba aparcado a poca distancia. Próximo a una cabina telefónica.

Ralph McClosey se acomodó en el vehículo mientras que la muchacha penetraba en la cabina discando un número en el dial.

Retornó junto a McClosey haciéndose cargo del volante.

—He telefoneado a elementos del Intelligence Service en Berlín —informó Cathy, iniciando la marcha—. Les he indicado que se hagan cargo de los cadáveres. Aparecerán en otro lugar. Lejos de Irrgarten Strasse. Así, tanto tú como yo, no estaremos involucrados en el suceso. Los taxistas podrían relacionarnos con lo ocurrido. Estaremos al margen, Ralph.

McClosey encendió un cigarrillo.

En silencio.

—Ralph...

—¿Sí, Cathy?

—¿Quieres explicarme lo ocurrido?

Ralph McClosey asintió con una amarga sonrisa.

—Puedo resumirlo en dos palabras, Cathy... «Juego sucio».

EPILOGO

Cathy Nilson abrió la puerta portando un voluminoso paquete de un supermercado. Cerró de un taconazo.

—¡Ralph...! ¡Hoy he comprado succulentos manjares y una botella de champaña!

Tenemos algo que celebrar... ¿Dónde estás!

La muchacha depositó el paquete sobre la mesa del living.

Pasó al contiguo salón.

Allí estaba Ralph McClosey. Próximo al ventanal. Sentado frente a un tablero de dibujo.

—Buenos días, Cathy. ¿Qué tenemos que celebrar?

—Todos los periódicos norteamericanos publican la noticia. Donald Hawkins, antiguo miembro de la Central Intelligence Agency y en la actualidad director de un siniestro Servicio Especial Intelligence, ha sido cesado de su cargo y sometido a investigación por sus actos. Responderá ante un severo comité de justicia. ¿Qué te parece?

—Sí, es una buena noticia —sonrió McClosey, incorporándose—. Yo tengo otras. He terminado la última lámina de «Juego Sucio». Y concluido la serie. No quiero seguir dibujando sobre ese tema.

—Yo también tengo otra noticia que...

—Un momento, pequeña. Aún no he terminado. Llevo un par de semanas en Londres. Aquí, en tu apartamento, abusando de tu hospitalidad. Es hora de marchar. Y lo haré mañana.

—¿Marchar...? ¿Regresas a Estados Unidos?

—No. Enviaré el original de «Juego Sucio» a mi editor de Nueva York, pero no regreso a Estados Unidos. Al menos de momento. Me iré a Italia, Francia o España. En cualquiera de esos países el cómic alcanza cotas magistrales. Te echaré de menos, Cathy. Y me gustaría que me acompañaras, que nunca te separaras de mí; pero comprendo que eso es imposible.

Cathy sonrió.

Alargó los brazos colgándose del cuello de McClosey.

—¿Ya has terminado? ¿Ya puedo dar yo mi otra noticia...? A nuestro regreso de Berlín, ese mismo día, presenté mi renuncia al Intelligence Service. Hoy me ha sido confirmada.

Estoy totalmente desvinculada del Intelligence Service.

McClosey parpadeó.

—¿Es... es cierto eso?

—Sí, Ralph. Lo decidí en Berlín. Después de contarme todo lo ocurrido con Nadia y Gerry, después de hablarme de todo ese juego sucio... Llévame contigo, Ralph. Deseo ir contigo.

Tampoco yo quiero dejarte nunca.

Unieron sus labios.

Ralph McClosey besó una y otra vez el rostro femenino que sonreía asomando en sus ojos lágrimas de felicidad.

Y McClosey se reflejó en aquellos negros ojos Descubriendo en ellos amor, esperanza, felicidad. Un mundo muy distinto al de sus personajes de «Juego Sucio».

F I N